

LA ILUSTRACION PERIODICO UNIVERSAL



MADRID: MES 6 RS.—TRES 16.—SEIS 30.—AÑO 50.
Número suelto 4 rs.

NUM. 48—SÁBADO 30 DE NOVIEMBRE DE 1850.
MADRID.

PROVINCIAS: MES 8 RS.—TRES 20.—SEIS 40.—AÑO 60.
Ultramar y extranjero: Año 80.

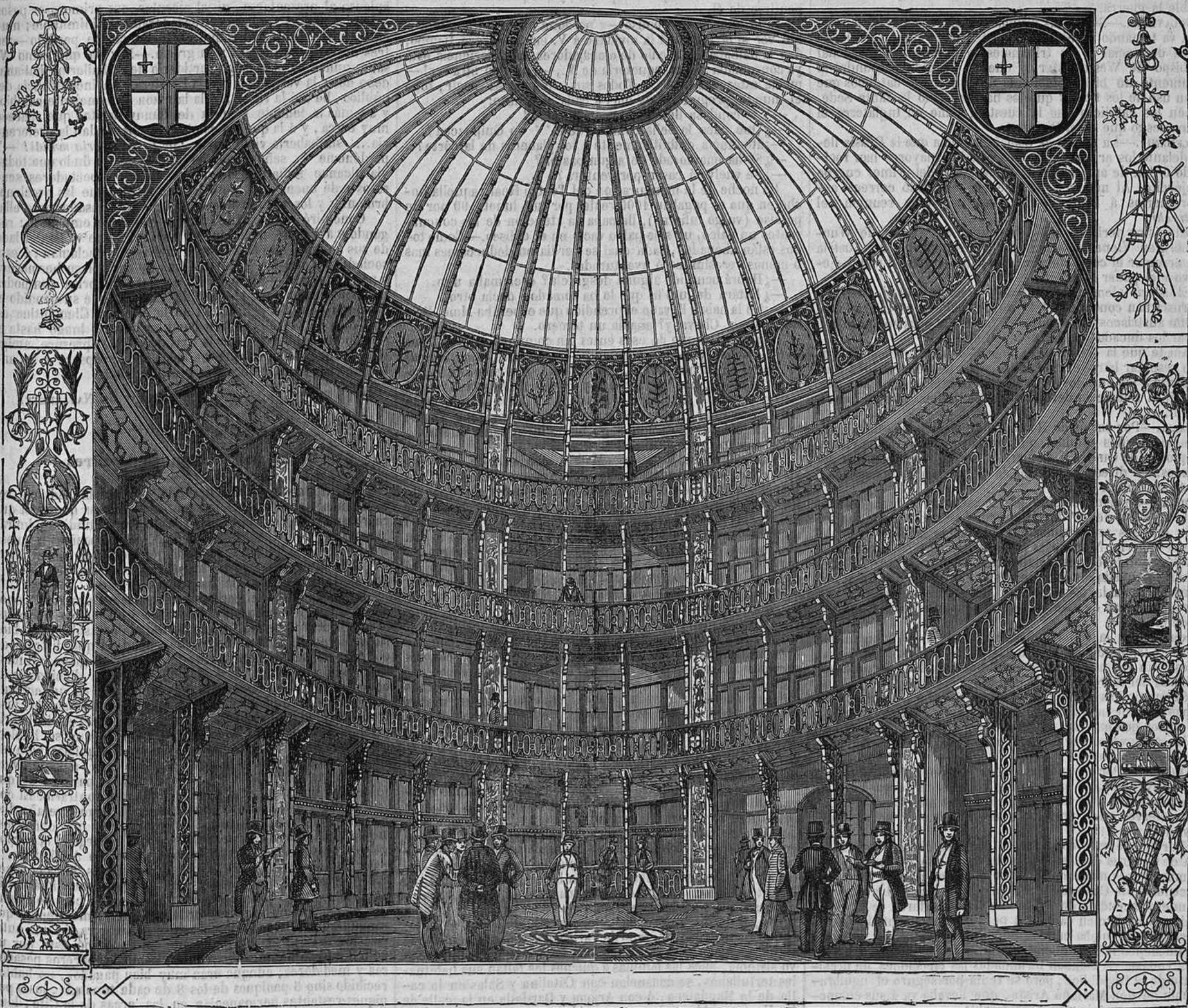
ADVERTENCIA IMPORTANTE.

Rogamos encarecidamente á los señores suscritores que deseen optar por los abonos dobles, triples ó cuádruples indicados en nuestros prospectos, que no se anticipen á hacerlo en Madrid hasta que se les lleven los recibos, pues de otro modo ocasionan complicaciones en la contabilidad; basta pues, conque entreguen á los repartidores ó

remitan á las oficinas del periódico una nota en que expresen cómo quieren que se entienda su suscripción. No por esto perderán opción á recibir gratis los 15 números de LAS NOVEDADES que se publiquen en diciembre, pues á fin de saber oportunamente quienes tienen derecho á aquella ventaja, la cobranza correspondiente al año de 1851 se hará del 5 al 10 del mes próximo; en provincias, por el contrario, suplicamos á las personas que gusten seguir favoreciéndonos, que renueven cuanto antes sus abonos para el año próximo.

HISTORIA DE LA SEMANA.

Lo mas notable que han ofrecido las sesiones del Congreso, es el discurso pronunciado por el conde de Reus, que fué el primero que atacó en su totalidad el proyecto de mensaje, pronunciando un discurso notable por su argumentación vigorosa, haciendo oír la palabra de un hombre político, y casi la de un literato; tan parlamentaria ha sido la peroración del señor Prim, y tan elegantemente hablada. El Senado ha oído la lectura del proyecto de ley de or-



Nueva Bolsa para los contratos sobre carbonos en Londres.

ganización de tribunales, lectura que verificó en la tribuna el señor ministro de Gracia y Justicia.

Han llegado y hospedádose en el régio alcázar los príncipes de Sajonia-Coburgo-Gotta, de cuyo arribo á Barcelona, así como de su partida para Madrid, habia ya noticia.

La víspera á las doce salió el mayordomo mayor de S. M. la reina con dos carruajes de la casa real á recibir á la princesa Clementina, su esposo y sus cuatro hijos, y á ofrecerles en nombre de S. M. habitación en palacio.

Los príncipes aceptaron el ofrecimiento, y se hospedaron en las habitaciones de los duques de Montpensier, con los cuales han ido á reunirse.

Entre las varias obras de utilidad que se inauguraron el día de S. M. la Reina, merece un lugar señalado el muelle y puente llamado de la Paz en Barcelona.

Antes de ayer corrieron rumores de crisis ministerial que ayer confirmó *El Herald*; un alcance del mismo periódico decia lo siguiente:

«Acabamos de saber que, llevada á S. M. esta noche por el señor presidente del Consejo de ministros la dimision del gabinete, ha resistido la Reina las vivas y reiteradas instancias del duque de Valencia para que se dignase admitirla, negándose á ello resueltamente.»

Esta, pues, ha sido la solucion de un incidente que habia llamado la atencion pública.

Los actos oficiales publicados en la Gaceta desde nuestro último número, consisten en varios decretos disponiendo reelecciones de diputados en los distritos que han resultado vacantes por renuncia de las personas nombradas para desempeñar aquel cargo; en una aclaracion de la instruccion de Aduanas vigente, un decreto estableciendo medidas para reprimir el fraude que se comete estampando marcas falsas en los productos industriales y una circular marcando los medios de que los fabricantes españoles puedan llevar sus trabajos á la exposicion universal de Londres.

FRANCIA.—Por decreto del 16 han sido llamados al servicio de las armas 40,000 quintos del sorteo de 1849. Esta disposicion unida á la de reforzar las guarniciones de las plazas cercanas al Rhin habia causado mucha sensacion en Paris.

En el preámbulo del decreto se dice que aun cuando el gobierno está resuelto á conservar la mas estricta neutralidad, en tanto que no se hallen comprometidos los intereses franceses y el equilibrio europeo, los sucesos que estan agitando la Alemania le obligan á tomar medidas de precaucion para hacer frente á cualquier acontecimiento inesperado, y evitar si es posible la guerra.

INGLATERRA.—Segun las últimas noticias, la cuestion religiosa va tomando un aspecto grave. Parece que el gobierno denuncia á los tribunales la pastoral del cardenal arzobispo de Westminster, y que en seguida propondrá al parlamento un bill prohibiendo á los prelados católicos que hagan uso de los títulos que les ha conferido la santa Sede. Temen los católicos que la cuestion tome en Inglaterra el mismo sesgo que en el Piamonte.

ALEMANIA.—La *Gaceta de Colonia* anuncia que la Prusia lleva adelante los armamentos. Los estados mayores han recibido orden de apresurar la organizacion del primer cuerpo de ejército. Al mismo tiempo se han espedido correos extraordinarios á las provincias para la pronta reunion del *Landwehr*.

El mismo periódico asegura que el embajador de Wurtemberg en Viena ha solicitado la intervencion del Austria para arreglar el conflicto que ha estallado entre el poder ejecutivo y el poder legislativo.

El *Diario* alemán de Francfort anuncia que el Austria y la Prusia han concluido el 11 un convenio en virtud del cual 25,000 austriacos atravesarán el territorio prusiano para ir á ocupar los ducados de Schleswig-Holstein.

Añade que la Rusia no ha impuesto mas condiciones que la de respetar la resolucion tomada por la Dieta en 1846 concerniente á los ducados, y la de que la intervencion se limite á exigir la reduccion del ejército á los límites del contingente federal.

ITALIA.—Por cartas de Roma del 10 se sabe que iban á verificarse algunos cambios ministeriales. Todas las carteras, excepto las de Guerra y Comercio, serán desempeñadas por prelados. La direccion general de policía ha sido confiada á monseñor Ruffini.

CHINA.—Se han recibido por la mala de la India noticias de Hong-Kong del 27 de setiembre. La insurreccion ha tomado grandes proporciones en algunas de las provincias del celeste imperio. Numerosas partidas de ladrones recorren el pais devastando é incendiando cuanto encuentran. Despues de haber ocupado los insurgentes la ciudad de Kin Chan han avanzado hácia la parte del Sur, de modo que estaban ya á cuarenta leguas de Canton, de cuyo punto parecen querer apoderarse.

INDIAS.—En la India inglesa no ocurría la menor novedad. Las tribus de las montañas de la frontera de Kohat mafestaban de nuevo intenciones hostiles. Iban á comenzar las obras del ferro-carril de Bombay.

Segun noticias recibidas en Singapor el 6 de octubre las tropas holandesas de Borneo habian batido completamente á los chinos que habitaban en los valles del rio Surbas y que se habian sublevado. Por ambas partes las pérdidas han sido muy considerables.

AMÉRICA.—Por el vapor Asia, que entró el 17 por la mañana en Liverpool, se han recibido noticias de Nueva-York de 6 del corriente. Por los periódicos vemos que iba calmándose la esferescencia producida por la nueva ley sobre la esclavitud.

Por el telégrafo eléctrico se sabia en Nueva-York la salida de Chagres de dos buques de vapor que traian por valor de mas de tres millones de duros de oro en polvo y en barras procedente de Californias. En San Francisco habia ocurrido un nuevo incendio, de cuyas resultas quedaron reducidas á cenizas mas de cien casas. La pérdida esperimentada en esta ocasion se calculaba en diez millones de reales.

De Méjico habia noticias que alcanzaban al 28 de setiembre. Todavía no estaban terminadas las elecciones de presidente de la República, pero se tenia por seguro el nombramiento de don Mariano Arista, que llevaba ya á sus competidores una ventaja muy considerable.

Segun noticias de Nueva-York los antiguos españoles de la isla de Santo Domingo, han derrotado completamente á sus

enemigos los de Haiti en una batalla dada en los desfiladeros llamados de Ronica. El ejército Soulouque quedó desbaratado con pérdida de las mejores tropas. Despues de las ventajas conseguidas por los dominicanos por mar, esta que acaban de alcanzar por tierra, les pondrá al menos en situacion de vivir tranquilos y seguros, si es que á su vez no piensan llevar la guerra á tierras del emperador negro.

REVISTA DE MADRID.

A LA SEÑORA CONDESA DE L.***

Apresúrese V. á volver, amiga mia. ¿Qué hace V. en el rincón de esa provincia, figurándose aun que goza de las delicias del campo?—Pero ¿no vé V. que el huracan ha despojado ya de su trémulo follaje á los árboles? ¿No vé V. yermos los jardines, helados los arroyos, coronadas de nieve las montañas? A las brisas han sucedido los vendabales; á las tibias mañanas del otoño, las frias tardes del invierno; al sol que antes brillaba refulgente en los cielos, la lluvia monótona y eterna.

¿Qué hace V. por las noches en esa pobre aldea tan alegre en julio, tan triste en noviembre?—Ya lo sé: tiene V. al señor cura y al señor escribano, que van á acompañarla desde las seis hasta las nueve: el uno la habla á V. del gran Carlos III, en cuya época tuvo la fortuna de vivir; el otro de las cosechas de todos los años, desde 1808 hasta el presente, clasificando y especificando cuáles fueron las estériles, cuales las abundantes, cuales las medianas, añadiendo igualmente minuciosos detalles sobre este fruto, sobre aquel caldo; y V. entre tanto colocada entre los recuerdos retrospectivos del uno, entre las observaciones económicas del otro, ni se atreve á aventurar una pregunta, ni á dormirse, ni á hacer labor. En cambio, ambos á dos, cura y escribano, la proclaman á V. la señora mas amable, mas inteligente—y mas cachazuda, agregaré yo—de los tiempos pretéritos, presentes y futuros.—Basta ya de poesia, señora; basta ya de églogas y de idilios.—Partió V. en el mes de junio, deseosa de conocer—segun me repetía—las sencillas y patriarcales costumbres de los campesinos; anhelante de estudiar los progresos que la civilizacion—y la inmoralidad tambien—han hecho en los lugares y en las aldeas: cinco meses de investigaciones mas ó menos filosóficas, son suficientes para curar á cualquiera de semejante capricho, y aun para hacerle arrepentirse de él.

Si lo que V. se propuso—y perdone mi ruda franqueza—fué ver si la sociedad la olvidaba á V. en tan breve tiempo, ó si la llamaba por medio de embajadores, la experiencia está ya consumada, y su coqueteria de V.,—¡perdon otra vez!—puede estar satisfecha.—Todos sus amigos, es decir, todo el mundo, pregunta cada día, á cada momento:

—Y la condesa de L.*** ¿cuando viene?

—¿Qué hace la bella condesa de L.*** en Guipúzcoa?

—¿Renuncia definitivamente á los placeres de la corte?

—¿Se ha enamorado de algun pastor?

—¿Se vuelve á casar por ventura?

La noche de la inauguracion del Teatro Real, aquella noche en que se pagaban 1000 reales por una luneta, 90 por un paraíso (vulgo infierno), llamaba la atencion de los concurrentes un palco, un solo palco vacío en el coliseo.—Como todos están abonados, cada cual se perdía en deducciones mas ó menos verosímiles ó aventuradas.

—¿Habrá ocurrido alguna desgracia? exclamaba uno.

—¿Estará de luto la que lo ha tomado? decia otro.

—¿No la habrá llevado el prendido que esperaba Mme. Bernos ó Mme. Chavany? añadía un tercero.

Por último, uno de esos entes tan comunes en el dia, que todo lo saben y todo lo cuentan, —verdaderas *Gacetas* de la capital en carne y hueso, —pronunció su nombre de V., señora, y al instante los curiosos y los que no lo son, lo repitieron en coro. Así, si no asistiendo V. á la inauguracion del Teatro Real, quiso brillar por su ausencia, sepa V. que lo consiguió completamente, y que no hubo nadie que no la echase de menos.

Vuelva, vuelva V. pues.—Madrid ofrece desde ocho dias su alegre, su animado aspecto del invierno. Todas las chimeneas están encendidas, las de los gabinetes como las de los comedores; todas las damas han sacado sus arañones y sus martas; los grupos de la calle de la Montera son poco numerosos; los paseantes en el Retiro y en el Prado lo son aun menos, y los transeuntes atraviesan las calles ligeros como sombras, envueltos cual fantasmas en largas capas, ó metidos, —la cabeza inclusa— dentro de abrigados paletots.—Hay quienes pretenden que esto es triste y lúgubre: yo por mi parte, bien lo sabe V., digo siempre:

¡Viva el invierno!

Si ¡viva el invierno! con sus concurridos teatros, con sus deslumbradores salones, con sus magníficas fiestas, con sus variados placeres; ¡viva el invierno, aunque sea con sus nieves y sus escarchas!—Si no fuera por él, pareceríamos menos dulce la primavera; menos bellas sus flores; menos tibios sus céfros; menos espléndida en fin la pompa de que se viste y se rodea.—La grandeza de los contrastes, hé ahí una de las maravillas de la creacion; hé ahí uno de los goces de esta pobre naturaleza humana, tan inconstante y tan imperfecta.

Lo que no encontrará V. en Madrid este año cuando vuelva, son aquellas agradables reuniones de confianza en que pasábamos otras veces horas tan deliciosas, viéndolas á VV. bordar almohadones ó zapatillas, riéndose con la chismografía del día, ó enumerando las bodas arregladas ó descompuestas.—El Teatro Real ha venido á disolver todos esos círculos, porque no hay persona de la buena sociedad que no haya tomado su abono cada dos, cada tres, ó cada cuatro noches: así, cuando unos están libres, á otros les toca su turno, y no hay modo de reunirse ni una sola. Para los pequeños teatros, —para el de Variedades especialmente, que sigue en moda como nunca— son las ventajas de este nuevo sistema, pues las familias á quienes les faltan sus habituales tertulianos, se consuelan con Catalina y Salas en la calle de la Magdalena, ó con Arjona y Dardalla en la calle de las Urosas.—Algunos mas atrevidos se aventuran hasta la del Barquillo, donde una inglesa dotada de un nombre ilustre y de una belleza peregrina, atrae generalmente gran par-

te de los antiguos apasionados de la Vargas y la Nena.—Fanny Stanley, —que así se llama aquella amazona— ha alcanzado ya una gran celebridad *sui generis*, y no me maravillaré de ver uno de estos dias su retrato en *La Ilustracion* ó en *La Semana*, porque ha hecho lo que se llama *sensacion*. No vaya V. á creer que por sus saltos ni sus piruetas, no; sino por los objetos que son indispensables para unos y otras; por su lujo, por su elegancia, por su gracia. Dícese que opulentos banqueros la han enviado ya magníficos regalos, como testimonio y homenaje de admiracion á su mérito; y que algunas aristocráticas damas la han pedido los modelos de sus vestidos para los bailes de trajes que se darán el Carnaval en palacio.

Pero otra celebridad de mas elevada categoria arrancará pronto su cetro efímero á la linda Miss Stanley: aludo á Erminia Frezzolini, que sin haberse presentado todavía al público en el dia en que escribo á V. estas líneas, es ya objeto de todas las conversaciones.—Hay en la famosa primadonna dos existencias igualmente notables: la de la artista y la de la muger: esta última cuenta infinitos admiradores, por su hermosura, por su viveza, por su amabilidad; la otra tiene bastantes por las noticias que corren de su voz simpática, de su facilidad prodigiosa, de su sentimiento y su pasion: así se espera su primera salida en *Los Puritanos* como si fuese un verdadero acontecimiento.—Hay ya partidos en favor de la Albani y de la Frezzolini, y acaso no tardemos mucho en ver repetidas las *funciones de competencia* que tanto hicieron ganar á los floristas el verano último.

Mientras, lo cierto es que á todas horas se ven blasonados carruajes, berlinas y carretelas con coronas de duques y de marqueses, á la puerta de la casa de la graciosa Erminia, quien sirve el té por las noches á sus ya numerosos amigos, con la distincion y la esplendidez de una princesa.

Pero si un astro brillante se levanta en el horizonte del arte, otro cae definitivamente desde su inmensa altura. Sí, amiga mia: es un hecho que la época de Sofia Fuoco, la correcta y elegante bailarina, ha pasado, ó está para pasar.—La otra noche, en el segundo acto de *La Favorita*, ejecutó con su firmeza y su precision acostumbradas un lindo paso con Mr. Dor. Allí estaban sus apasionados, los que no ha mucho cubrian de flores su frente y de laurel sus pantorrillas: allí estaban sus ardientes amigos, los que la enviaban monstruosos canastillos y colosales ramilletes, y sin embargo, todos la vieron con indiferencia; ninguno la arrojó ni una camelia, ni una margarita siquiera: ninguno la saludó con un aplauso al presentarse, ni al ejecutar sus primorosos pasos sobre las puntas, en que es verdaderamente inimitable; muchos, hasta pretendían que Sofia Fuoco ha perdido—¡en tres meses!—su lijereza y su gracia.—No: yo que como V. sabe nunca he sido ciego partidario de la bailarina italiana, debo decir la verdad, la verdad entera. La inconstancia del público, hé ahí la razon, toda la razon de semejante cambio; y además la temible sombra de Fanny Cerito, que aparece muy cerca, y á la que los *dandys* y los *pollos* dan la preferencia... sin haberla visto jamás. ¡*Sic transit gloria mundi!*—Y perdóneme V., señora mia, el latinajo.—No dudo que todavía alcance Sofia Fuoco aplausos de los espectadores sensatos y de buena fé; pero es indudable que las ovaciones brillantes y los entusiasmos frenéticos han pasado para ella.

Concluiré esta carta lo mismo que la he empezado: rogándole á V. que abandone su soledad, que vuelva al lado de sus amigos, que la echan de menos y la reclaman; á esta sociedad de que es V. una de sus Reinas por su hermosura y por su talento.—Si se da V. un poco de prisa aun podrá llegar á tiempo para el baile de Palacio, que suspendido el domingo por la estancia allí de la princesa Clementina de Orleans, se difirió primero hasta el jueves, luego hasta el sábado 30; y bien merece la cosa que V. se apresure, amiga mia, porque aseguran que esa fiesta rejía eclipsará á las anteriores por su magnificencia y esplendidez.

RAMON DE NAVARRETE.

Bolsa del Carbon en Londres.

Presentamos la vista general de este notable edificio recientemente abierto en Londres, cuyo interior que es el que representa nuestra lámina es todo de hierro fundido admirablemente pintado. Al mismo tiempo que ofrecemos á nuestros lectores el grabado, no podemos menos de hacer algunas observaciones sobre la importancia colosal del objeto á que se destina este edificio suntuoso.

La nueva bolsa del carbon es un palacio elevado al monopolio. Cuando la naturaleza ha hecho á un pueblo un regalo que podría serle tan útil como agradable, sabe muy bien su gobierno hallar los medios de impedirle que disfrute de él, ó de obligarle á que pague muy caro su goce. «Hubiérase podido suponer, dice M. Culloch, en su diccionario de comercio, al ver que en este pais el carbon es un artículo de primera necesidad, y el mas importante de todos los instrumentos de la industria manufacturera, que se le habria eximido de toda especie de contribucion, y que se hubiera concedido toda clase de facilidades y franquicias para su transporte desde las minas de que se extrae, á las provincias del mediodia de la Inglaterra y demas parages en que fuese necesario. Pero ha sucedido todo lo contrario. El comercio del carbon estuvo sometido en la Gran-Bretaña durante mas de siglo y medio á los reglamentos mas opresivos. Desde una época muy remota se habia encargado la corporacion de pesar y medir el carbon importado á Londres, y percibia con la mayor regularidad 8 peniques de cada tonelada por estas dos operaciones. En 1613 se concedió á la Cité el derecho de cobrar este impuesto, para la cual se extendió una provision real que ordenaba al mismo tiempo que ningun buque cargado de carbon se descargara sin una autorizacion del lor Maire, y despues se confirmó esto por un acto del parlamento. Ahora bien, como los obreros pesadores y medidores, aunque eran muy bien pagados, no habian recibido sino 5 peniques de los 8 de cada tonelada, los 3 peniques restantes permanecian en las arcas de la Cité, donde se producian una cantidad anual de 90,000 libras esterlinas (1.900,000 reales vellón.)

Por un acta del primer año del reinado de Guillermo IV,

quedó la bolsa del carbon como privilegio exclusivo de la Corporacion de Londres, que tiene el derecho de estender ó variar los límites del mereado del carbon, de reglamentarle por medio de leyes particulares, y de cobrar un impuesto de 1 penique por tonelada sobre todos los carbonos que lleguen al puerto de Londres, á Gravesend ó al oeste de Gravesend, con el objeto de poder atender á los gastos de ornato público y salubridad de la Cité.

Tal es la razon principal que hizo construir una bolsa para el carbon en Londres, y la que obligó á edificar la que representa nuestro grabado inaugurada el 30 de octubre de 1849 por el príncipe Alberto y sus dos hijos mayores, en lugar de la reina Victoria que se hallaba indispueta. Pero como hace observar M. Culloch con muy recto criterio, la mejora principal seria poner en el precio mas ínfimo posible un artículo de consumo tan importante como lo es en Inglaterra el carbon de piedra, porque es un abuso irritante é intolerable obligar á todos los habitantes de los numerosos distritos de aquella metrópoli tan vasta, á que paguen el carbon que consumen 15, 20, y aun 30 por 100 mas caro de lo que vale en realidad para que dentro de 200 ó 300 años pueda la vetusta ciudad edificar una iglesia ó un puente, ó ensanchar una via de comunicacion.

UNA VISITA AL EOLO DE MONTEMAYOR.

Es tal lo que preocupa la atencion pública el *soit disant*, invento de Montemayor, que dejando aparte la cuestion científica provocada por uno de nuestros colaboradores, y en la cual no hay medio de hacer entrar al pretendido aereonauta, hemos creido no solo conveniente sino hasta indispensable, consignar en LA ILUSTRACION con el lapiz y la pluma esta actualidad, notable tan solo por el ruido que hace.

Los gacetilleros, esos estimables señores á los cuales se deben solamente en España no pocas reputaciones, son tambien los que han contribuido en gran manera á dar importancia al proyecto del Sr. Montemayor, que sin los repetidos párrafos de los periódicos, es probable que no hubiera llegado á ponerse por obra. Ciertas gacetillas últimamente publicadas, son tambien las que pican nuestra curiosidad y nos decidieron á hacer una visita al ex-convento de Valverde, para juzgar del tal Eolo que asi trae entretenidos á los ociosos. Los dibujos que estampamos y las líneas que siguen son el resultado de nuestra visita. En los primeros hemos procurado dar idea, con una exactitud aproximada, del promontorio que ha fabricado el Sr. Montemayor. La primera figura es una vista del Eolo en marcha; la segunda representa la planta del mismo; la tercera el alzado de cola á pico, y la cuarta una seccion del colgante sobre la línea A B; por último, al lado de las figuras 1.ª 2.ª y 3.ª, hemos colocado tres pájaros para marcar la relacion que el Sr. Montemayor ha querido, sin duda, establecer entre la forma del Eolo y la del cuerpo del ave.

Daremos algunos detalles para que puedan nuestros lectores comprender mejor las figuras.

Llegados al ex-convento de Valverde nos fué difícil, por de pronto, en el embrollo de cestos, maderamen, inmensidad de telas mal llamadas impermeables, hojadelatas, herrajes, costureras, engrudistas, carpinteros, y un sinnúmero de operarios, formar un cálculo de lo que pudiera ser aquel armazon tan estrambótico: desde luego era de notar que todo respiraba allí alegría; quien calculaba la brevedad de los transportes, quien ambicionaba ser de los primeros aereonautas, quien miraba con desden á los preguntantes viajeros, solícitos de entender aquella mole aérea, porque por todas partes entra en ella el aire en la elevacion en que se halla: por último en todos los semblantes observamos una confianza extraordinaria, signo favorable, y un respeto farisaico á las disposiciones y aspecto tranquilo del señor Montemayor.

Aunque como de pasada, debemos hacer justicia á la amabilidad y cortesania de este señor, dedicado á recibir diariamente tantas visitas, que no sabemos cómo le queda tiempo para pensar en su Eolo.

Nosotros vimos sus planos, comparámoslos con la obra, aun incompleta, hicimos preguntas y repreguntas, ya nos confundiamos, ya nos perdiamos en aquel embolismo, ya dudabamos de la capacidad del aereonauta, ya le calificabamos de loco, ya de un libro de fisica embrollado, ya en fin nos condoliámos, y nos condolemos aun, de tanto dinero perdido, de tanta ceguedad; en medio de aquella multitud de impresiones tan variadas é inciertas, tratamos de analizar si no la seguridad del sistema, al menos la combinacion del proyectista, que por otra parte, ni tiene su plano conforme á la obra, ni la obra conforme con su primitivo plan; todo son variaciones, todo dudas en la ejecucion.

Entraremos pues, en este análisis, combinando sus planos y lo que existia construido en los momentos en que examinamos ligeramente aquellas partes diferentes.

Sobre el edificio ruinoso del ex-convento de Villaverde situado á la izquierda del camino real de Francia á tres leguas de Madrid, apóyase una armazon, cuyos extremos descansan en pilares de madera que sobresalen á la masa del edificio: esta mole cuya planta es la figura núm. 2 tiene la forma de un pájaro y de pico á cola, ó sease de A á B, 55 varas castellanas por 80 de ala á ala ó sea de a á e. La parte b á d que forma el cuerpo del ave tiene la figura angular b c a (fig. 3.ª) y sobre la cúspide c se prolonga una helice de hojadelata en la parte del cuerpo del pájaro, y dos en cada uno de los extremos, sease pico y cola, que por medio de engranes de hierro se comunican su movimiento entre sí.

Sobre la línea (A B) figuras 2.ª y 4.ª, descende un cuerpo fijo, á manera de escapulario colgante, todo de mimbre, siendo su vista lateral la (fig. 4.ª) Este colgajo, con forma de tripa rectangular, revestida de lienzo impermeable porque tiene cola, papel y alguna otra sustancia alcohólica, y además de tela engomada, se comunica entre sí por todas sus partes diversas, las tres cavidades mas bajas en el punto b de la figura 4.ª son una diligencia para pasajeros y equipages, y dos camarotes laterales para mover las llamadas calandrias, ó ruedas, que se asemejan á las que las arduas mueven con sus pies; dichas ruedas imprimirán el movimiento primitivo á las hélices, por

medio de dos cuerdas de seda que las rodean, y con lo cual el señor Montemayor espera elevar la armazon general.

Segun él, el aparato a b c d e (fig. 3.ª) sirve de sosten en el aire ó para-caidas, y el globo ó capacidad de gas hidrógeno, que es la parte superior de las figuras 1.ª y 3.ª de elevador en las regiones superiores: En los extremos altos de las dos paredes indicadas de madera y lienzos f b g d, debe apoyarse la cavidad f t r q u s en toda la estension del cuerpo semejante al ave, y solo así puede esplicarse esta magnitud al calcular que en su espacio deben caber 400,000 pies cúbicos de gas, que pueden decuplarse á capricho de el aereonauta, seáanse cuatro millones de pies cúbicos: este cuerpo superior se hallará dividido en las doce partes interiores, que marca el dibujo, por si algun golpe ventoso é inhumano destruyera alguna de sus partes.

El Señor Montemayor cual nuevo Colon, dirigirá el Eolo en la sublime y desconocida region de los mortales, desde su camarote, situado en la cola del ave, cerca del punto B (figura 2), comunicándose con el colgajo referido y los operarios situados en el sitio A, por medio de caminos *mimbrepapeligomosos* en la estension del espinazo del ave.

El Señor Montemayor lleva un aparato para crear gas que pesa por sí solo 15 quintales, y si el cielo corona las esperanzas de este atrevido areonauta, los profanos á la ciencia veremos desde abajo marchar magestuosamente este aparato como la figura 1.ª, aparato que amenaza hacer una revolucion en este mundo lleno de ignorantes, para mengua de los incrédulos.

No sabemos si con las figuras estampadas y con las esplicaciones anteriores, habremos acertado á dar una idea del Eolo; téngase presente que unas y otras han sido trazadas y escritas por lo que hemos retenido en la memoria, sin que por eso temamos que sean muy inexactas: los lectores de LA ILUSTRACION habrán de agradecerlos por lo menos el deseo que mostramos de complacerlos.

Escenas de Viajes por España, Francia é Italia.

CAPÍTULO III.

RECUERDOS DE CADIZ.

Historia.

I.

Esta pasion oculta habia modificado notablemente el carácter de Zaida, dotándola de la melancolía tierna, religiosa, encanto de las almas grandes. Su sonrisa no era una sonrisa vulgar, festiva, bulliciosa, sonrisa de labios, por decirlo así. Era la expresion de un espíritu trabajado por un sentimiento indefinible: era la dulce aspiracion de un alma que concibe la dicha en una ilusion que se pierde en la inmensidad del porvenir, así como un soplo vaga y se pierde en la inmensidad del espacio. Su vida está en sus recuerdos, y cada recuerdo es un suspiro. En personas así, hasta un simple acento tiene algo de extraordinario: es el eco que al caer las primeras sombras de la noche, discurre lentamente entre los árboles de una selva oscura y solitaria. Es una voz incomprensible que vá á espirar entre las ruinas de un monumento agreste, velado por una tradicion misteriosa ¿Pero era inocente nuestra virgen? No habia llegado para ella la hora de sufrir, de despertar. La inocencia es el sueño del bien: es un ángel dormido.

Aberraen murió, y por única herencia dejó á su hija de leche un retrato que la huérfana llevó siempre en su seno.

Zaida y su tia habitaban, en la época á que nos referimos, la pobre casa de una aldea en las márgenes del Jordán. Por aquel tiempo salian de Jerusalem varios oficiales, bajo las órdenes de un noble guerrero, encargado de desempeñar una comision importante.

II.

Sabido es que en Oriente hacen casi de las esencias el uso que en Europa hacemos del agua comun. Zaida y su única amiga habian salido á buscar en las inmediaciones de la aldea, yerbas aromáticas de las cuales solian extraer un rico perfume. Este secreto es comun á muchas familias del Asia.

Esto pasaba en uno de los dias próximos al estío. Durante la expedicion campestre, Zaida hizo varias preguntas á su tia, que se negó absolutamente á todas ellas.

—Es un secreto mio, murmuró: me pertenece á mí y á mis cenizas. Mi culpa respeta la inocencia de los demás. Y calló. Sus últimas palabras fueron pronunciadas con una expresion que impuso silencio á la virgen.

Era cerca del mediodia. El sol lanzaba rayos abrasadores desde un cielo inundado de luz, cuando nuestras peregrinas se sentaron á la sombra de unas palmeras que se elevaban en la misma orilla del camino, y en donde disfrutaban de la fresca brisa de un arroyo que corria á sus pies. Zaida volvió á hacer nuevas preguntas, como dominada por una idea á que no le era dado resistir.

—Sin duda ignoras que me molestas, respondió la tia.

—¿Os molesto!

—Sí, y en vano: es un extravío que no he dicho á nadie, que no lo diré nunca, á no ser que esté loca.

—¿Loca?

—Harto me avergüenzo de mí misma para arrostrar la vergüenza de los demás. Cuando quisiera ocultarme á mis ojos, pretendes que me descubra á los tuyos? ¡Ay! Yo diera cien veces mi vida por conseguir formarme la ilusion de que no existo. ¡Calla, hija mia! Ya te he dicho todo lo que puedo decir. Cometí una culpa en mi juventud: fué un momento de fiebre, de fascinacion, de felicidad, de lo que el mundo llama felicidad. Yo lo creí. Zaida suspiró.

—Y por un momento que voló como una ráfaga, por un instante, Zaida mia, tanto martirio, tanta espacion! Y tal vez en vano. ¿Ves ese cielo? ¿Ves esa inmensidad? ¡Pues yo me digo cuando lo contemplo, mi culpa está allí y estará siempre! La idea del crimen vá á confundirse con la idea de Dios. El vicio y la virtud son tan grandes como la eterni-

dad... Y miró largo tiempo á su sobrina con una expresion indefinible.

—¡Cuántas veces te envidio! Continuó, cogiéndola cariñosamente la mano. ¡Cuántas veces envidio tu paz! ¿Sabes tú lo que vale la inocencia? ¿Sabes tú lo que es poder respirar sin remordimientos? Sabes tú lo que es el remordimiento, pobre niña? Es la semilla del mal que germina en la sangre, despues de haber echado sus raíces en lo mas profundo del corazon. Es la piedad del cielo convertida en venganza...

—¡Por caridad, señora! Esclamó Zaida besando la mano de su tia con efusion. Decídmelo todo. Yo os comprenderé, yo tambien sufro!

—¿Sufres? ¿tú sufres? ¡Ay! Pues si sufre el ángel bendito, qué debe ser del espíritu condenado? Mirame pálida, consumida, deforme: ¿no es verdad que estoy muy fea? Mi culpa envenenó mis afectos, pudrió mi corazon. Mi alma debe ser una cosa corrompida, hedionda. ¡Oye, Zaida mia! Cuando vayas á espirar estréchame con fuerza entre tus brazos, porque mi conciencia me dice que la agonía será una pesadilla infernal. ¿Lo harás, dí? ¿No te dará miedo una muger culpable? y en sus ojos se dejó ver la calentura del delirio.

—Muy culpable... ¡Perdóname! Culpable hasta en decirselo á tí que eres pura como la luz.

—¡Dios mio! murmuró Zaida. No, señora, yo no debo engañaros.

—¿Qué dices?

—Tambien he cometido una culpa. Tambien pienso en lo que no debiera.

—¿Amas quizá?

—A mi hermano, á Zelin. Y al pronunciar este nombre querido se cubrió el rostro.

—Al hijo del gefe de Jerusalem ¿Pero le has visto, desventurada?

—Mi nodriza me referia...

—Tu nodriza te engañó.

—Aberraen me amaba.

—Te engañó amándote.

—Zelin es virtuoso.

—Así te arrastrará á la perdicion mas fácilmente. ¿Qué es virtud? tú no sabrás lo que es virtud sino cuando seas pecadora. ¡Ay! otro Zelin cantó mi desventura...

—¿Otro Zelin?

—Otro hombre, porque Zelin es hombre, ¡Zaida! mide tus pasos... ¡Zaida, Zaida, huyó! ¡Ojalá que yo hubiera huido á tiempo! Un instante me hubiese librado de éste padecer sin fin, que por otra parte es mi único consuelo. El pecador funda su salvacion en el sufrir! y en aquel momento sonó la campana de un monasterio vecino que daba las doce. ¿Oyes ese tañido? Esclamó la tia con acento inspirado: esa es la voz de Dios que dice: «¡Acordaos de mí!»

(Continuará.)

EL PEREGRINO.

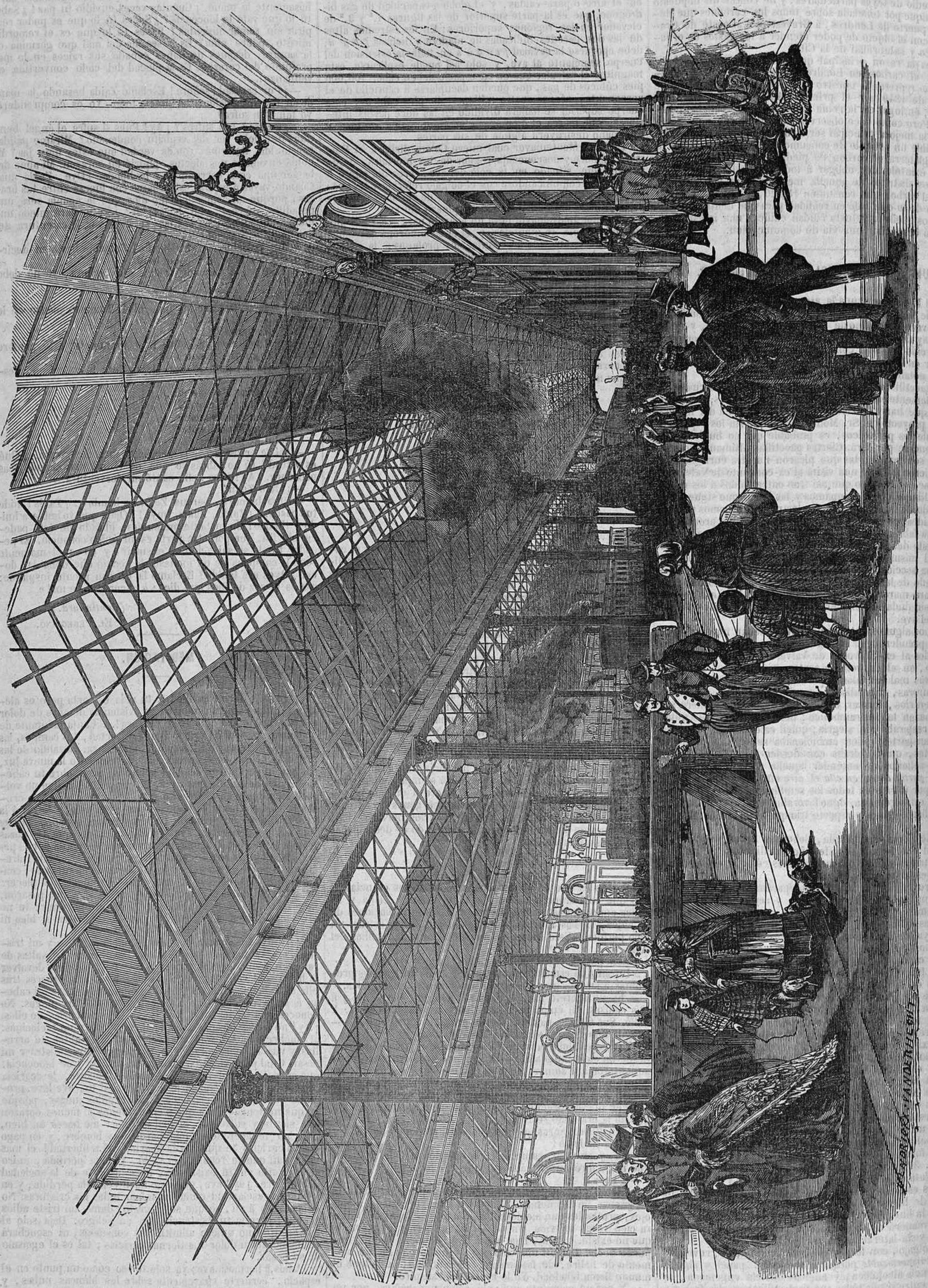
MEDITACION.

¡Canta, libre pajarillo!... tu vida es corta pero es alegre. ¡Quién pudiera cambiar una existencia de años de dolor por una existencia de dias de ventura!... Canta habitante de las auras; para tí ha criado Dios la libertad, los campos, las flores, para tí las primicias de la naturaleza. Gozando de las primeras hebras de la aurora, saludas contento la nueva luz, sin que al ver desaparecer las sombras, pese sobre tu cabeza la idea de un dia que pasó, la idea del ayer que no volverá á aparecer en el Oriente. ¡Ay! tu naces al ocaso, cruzas la vida sin mirar la muerte, que es su guia, y llegas á la agonía como á los primeros bostezos de un sueño... Tristes son mis pensamientos, ave tierna: mientras que tú gozas tranquila sin pena alguna, mi alma está devorada por el pesar; que el alma nos es concedida para padecer, y ella retrata nuestros males pasados y los dolores que auguramos, conservando vivos los sufrimientos aun en medio del placer: tú, ave, no mides el negro abismo de los dias que pasaron, ni te arrastra la ambicion de un lisonjero porvenir: tu no vives mas que en el presente, sin que te inquieten el bien ni el mal, que no existen para tí.

¡Ay ave! á medida que crecen mi melancolía y mi tristeza, crecen tambien tu contento y tu alegría. Ora saltas de rama en rama, ora estienes tus alas de gasa para devolver la luz en mil colores; luego buscas á tu amada y corres tras ella al vallado, y de aquí pasas revoloteando sobre mi cabeza á la cerca, donde recostado contemplo tus juegos. No conoces mis tristes ideas, y si las conoces te burlas de ellas. ¡Ay! no; eres incapaz del mal ajeno, porque no raciocinas: al hombre toca tan solo esa perfeccion. Tú cantas, te arrullas y vuelas sobre mi cabeza, porque quisieras distraer mi pesar. Cual pura virgen, modelo de candor y de inocencia, que acercándose al lado de su abatido amante, le acaricia suavemente para arrancarle su dolor; así tu, ave leve, procuras distraer mis penas con tus sencillos juegos, porque ya que no tengas alma que piense, tienes al menos corazon que siente y sufre por el mal extraño: me haces un bien, pero no te acerques á mí, porque soy hombre, y en pago de tus caricias te quitaria la libertad. ¡La libertad! el mas bello don que te regalara el cielo, y cuya pérdida, único sentimiento en tu existencia, hace alejarte de la sociedad del hombre: ¡ay! ave, que este nace con ella perdida, y en su rabiosa esclavitud quiere dominar todas las criaturas. No te acerques á mí, porque soy ingrato: dame un triste adiós y huye, porque tu existencia está en peligro. Deja solo al hombre que no quiere admitir tus consuelos, ni escuchará en medio de su dolor tus tiernas caricias; tal es el egoismo de su pesar.

Adiós, hermosa ave; ya solo te veo como un punto en el espacio, cernerte suavemente sobre las blancas nubes, y gorjeando en débiles sonidos tus amores. Adiós, y goza en esas rejiones privilegiadas, donde no alcanza la vanidad del hombre, goza de una vida corta en dias largos en ventura.

P. A. CARDAÑO.



Embarcadero de los caminos de hierro belgas.

Embarcadero de los caminos de hierro belgas.

Ahora que tanto se habla de caminos de hierro y que se

halla próxima la apertura del de Aranjuez, creemos complacer á nuestros lectores presentando uno de los puntos de partida ó embarcaderos mas notables y suntuosas de Eu-

ropa. Solo el de Londres á Liverpool, escede en magnificencia al que ofrecemos hoy á la contemplacion de nuestros suscritores.

PEREIRA Y ANDRÉS

Filarmónico.

Si hemos de creer en el tan repetido axioma de que la música es el lenguaje del alma, preciso es convenir en que las almas de los que en este siglo filarmónico vivimos son capaces de hablar *hasta por los codos*. ¿Codos dice? No faltará algún rancio filósofo que me acuse de materialista porque he supuesto que el alma, ese *quid* espiritual, impalpable, tiene codos. Mucho lo siento, pero ya no tengo tiempo para retractarme: digo y sostengo que el alma tiene codos, y esta opinión exclusivamente mía, no parecerá tan absurda cuando me dejes añadir una segunda (original también, por supuesto) á saber: que los codos del alma son espirituales. Basta de metafísica, que es terreno muy resbaladizo.

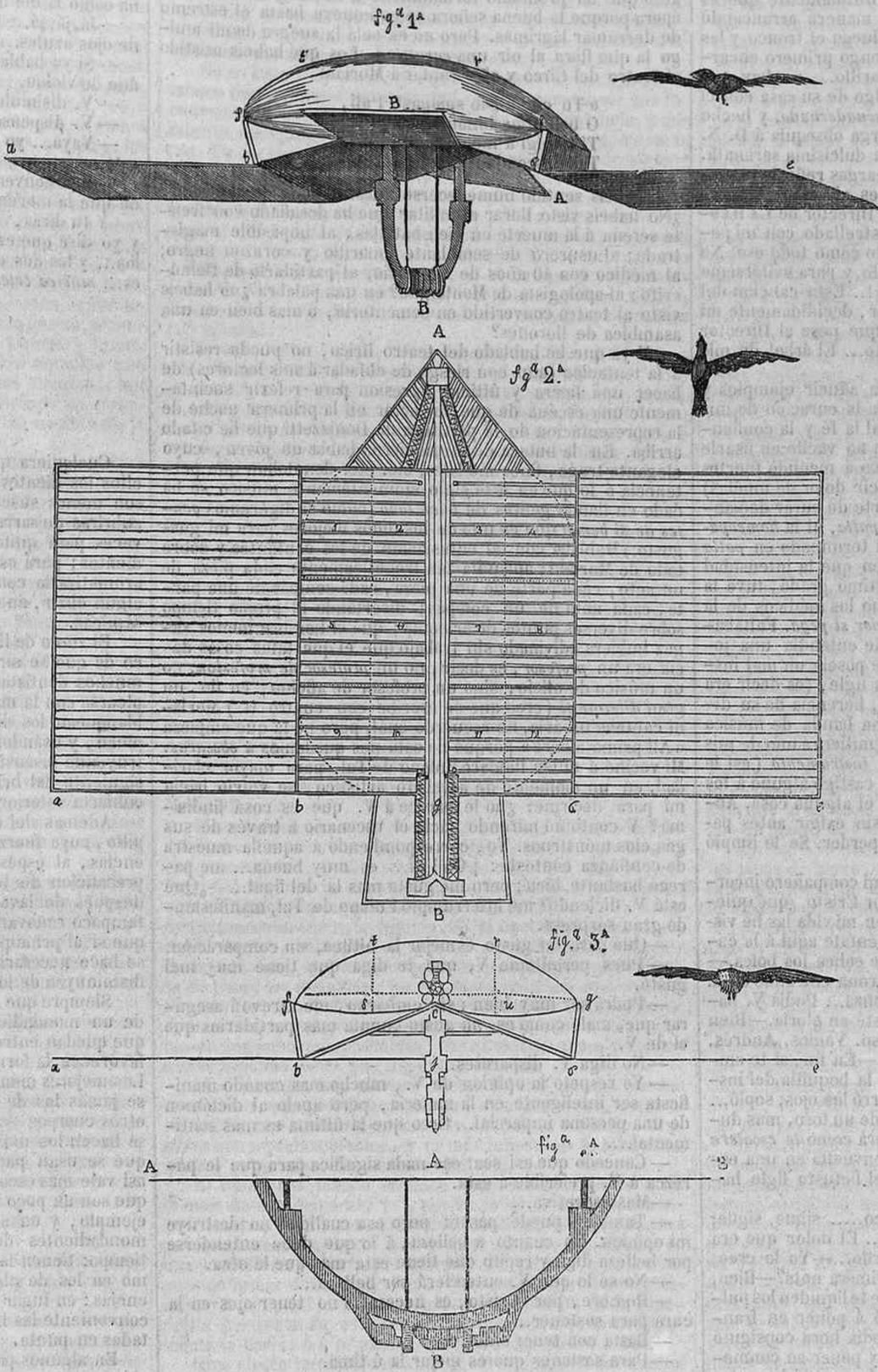
Hablábamos de la música. ¡Oh! ¡la música!... Condición indispensable de vida en los tiempos que corremos; artículo de primera necesidad para el alimento social; precioso bálsamo que vertió Guido Arettino sobre el enfermo corazón de la humanidad. ¿Quién no ha sentido en su alma los mágicos efectos de la música? ¿Quién no se estremece en un preludeo? ¿Quién no suspira en un *andante*? ¿Quién no gime en un *allegro*? ¿Quién no llora en una *fuga*?

En cuanto á mí, sé decir que la música es lo que mas me conmueve y estremece, y exalta y electriza. Y no se crea que doy la preferencia á un determinado género de este arte, no: para mí todas las músicas son iguales; todas armoniosas, todas sublimes, todas encantadoras. Para mí no existe diferencia entre Mayerbeer y Bellini, entre Pleyel y Donizetti, entre Rossini y Verdy, entre Haydn é Iradier.

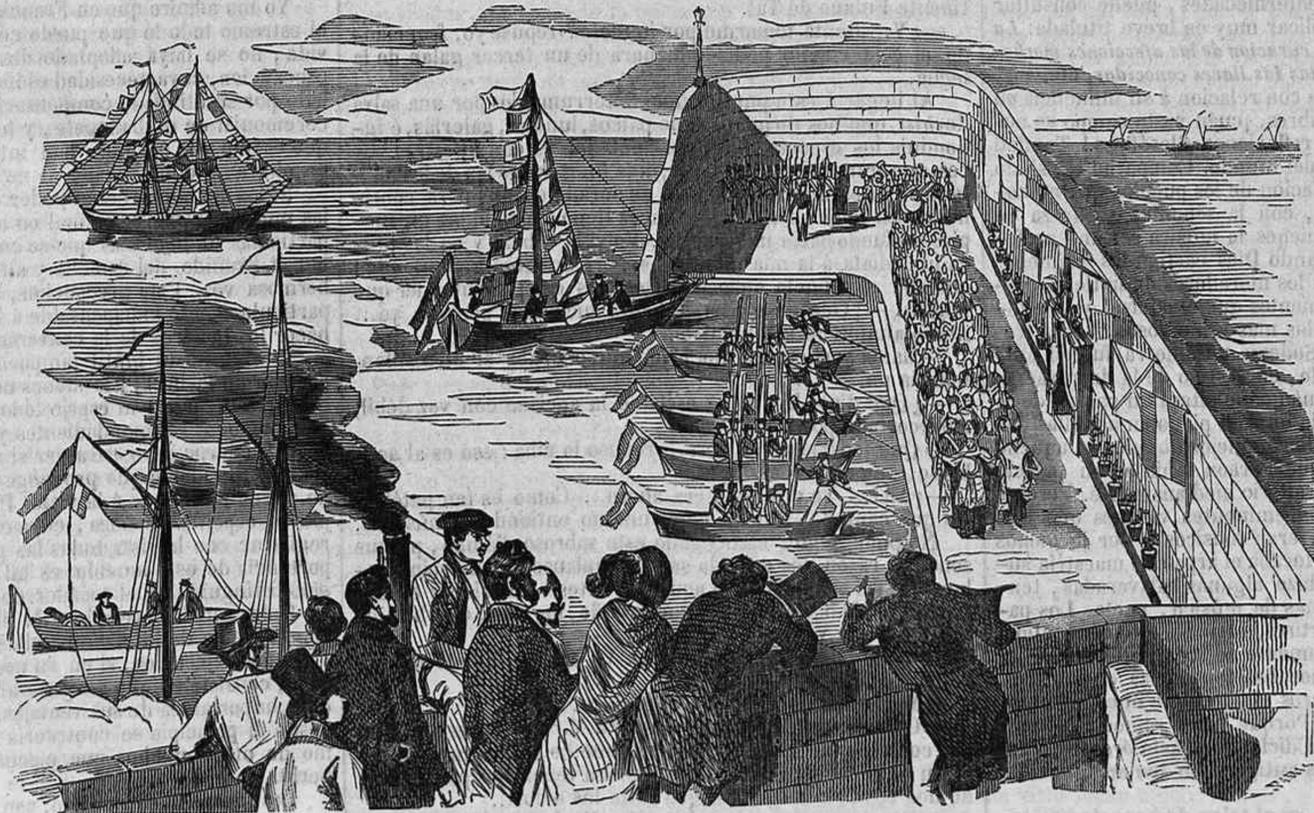
Desde mi mas temprana edad manifesté ya grandes disposiciones y ardiente afición hácia la música. A los ocho años abandonaba los juegos á que mis compañeros se dedicaban con afán incansable, para irme á una barbería próxima á mi casa, donde pasaba horas enteras oyendo tocar la guitarra á uno de los aprendices del señor Roque; y para que el Figaro novicio pudiera utilizar la mayor suma de tiempo posible en su tarea musical, yo me encargaba de arreglar el menaje de la tienda: limpiaba las navajas, cuidaba de mantener el fuego en la hornilla, ponía á secar las toallas y navajeros, renovaba el agua de los escalfadores; en una palabra, me deleitaba oyendo la guitarra, y me iba iniciando en los rudimentos del arte *tonsovia*.

Los dias festivos eran para mí una mina inagotable de goces. Por la mañana me dirigía muy temprano á la iglesia parroquial: esperaba á que el sacristan abriera la puerta del coro y subía como una exhalación á colocar-

me cerca del órgano hasta la hora de la misa mayor, en que me apoderaba con entusiasmo febril del manubrio que sirve para mover los fuelles... Mi corazón se dilataba, mi respiración se hacía penosa, me zumbaban los oídos, brotaba fuego de mis ojos, y un temblor convulsivo se apoderaba de todos mis miembros.... Si Victor Hugo me hubiera visto en uno de aquellos momentos solemnes, me hubiera tomado por tipo para alguna de sus novelas. Cuando con una fuerza superior á mis cortos años hacia girar la cigüeñuela de los fuelles, valia yo por lo menos tanto como Cuasimodo volteando los campanas de la torre de Nuestra Señora. Además de que allí hubiera encontrado el célebre novelista objetos capaces de arrancarle sublimes pensamientos, hubiera podido decir: aquella *inmensa sinfonía de bronce* (el órgano); *aquel monstruo de gigante armonía* (id.) por cuyas mil bocas (los cañones) se derraman torrentes de notas anima-



El Eolo del señor Montemayor.



Bendición del nuevo muelle y puente de la Paz en Barcelona.

das, corpóreas, luminosas, (porque se ven, porque se palpan), que se chocan, que se repelen, que se confunden, que se quiebran. A los fuelles hubiera podido llamar *pulmones de badana del monstruo de estaño*, etc.

Acabada la misa, con ella la música y con esta mi tarea y mi favorita diversion, me retiraba cavizbajo y melancólico á mi casa, suspirando ya por la llegada del próximo domingo. Para distraer mis tristes pensamientos, unas veces cantaba ó tarareaba los aires que habia oido con la guitarra, al aprendiz del señor Roque, otras procuraba imitar con la voz los sonidos del órgano de mi parroquia, sentado á una mesa y recorriendo con los dedos su superficie como hacia el organista sobre el teclado; diversion que solia durarme poco tiempo, porque mi madre, que no comprendia sin duda todo el mérito de mis sonatas, venia á imponerme silencio diciendo que mis voces desgarraban el oido; y solia aplicarme el castigo de escribir ó leer por espacio de dos horas. Castigo que yo sufría con resignacion, pensando que despues me seria mucho mas grato volver á mis predilectos ejercicios.

Llegada la hora del paseo, rara vez me faltaba una disculpa para quedarme en casa y disfrutar sin cortapisas de la libertad de dar expansion á mis pulmones y desafinar el violin de mi padre, con peligro de hacerle mil pedazos y sufrir por ello mil golpes de *compás mayor* ó algun *staccato* en las espaldas.

A medida que iba yo creciendo en edad y desarrollándose mas y mas mis facultades musicales, crecia mi afición y mi entusiasmo, que han ido aumentando hasta el dia en progresion tal, que temo convertirme en cuerda de guitarra dentro de algunos años.

Verdad es que la música es para mí algo mas que una distraccion ó un pasatiempo agradable: es el remedio de todos mis males, el alivio de todos mis dolores, el consuelo de todos mis pesares.

Cuando mi patrona me pide dinero, y por consiguiente me pone de mal humor (cosa que sucede por término medio unas 365 veces al año, cuando este no es bisiesto) tomo el sombrero sin decir palabra, salgo de casa.... Nunca me ha parecido la escalera tan oscura, larga y pendiente... las calles son estrechas y lóbregas; las aceras raquíticas y mal acondicionadas; el empedrado detestable; las botas me oprimen... las personas que encuentro en el camino me tocan al pasar; los aguadores, mozos de cuerda y cocheros, hacen conmigo lo mismo que *las personas*, pero en mayor grado; todas las mugeres me parecen feas; los hombres *me cargan*... quiero tararear la sinfonía del Nabuco, y se me ha olvidado el *andante*.... En-

tonces entro en cuentas conmigo mismo y digo: «No hay remedio, estoy de mal humor... y tiene la culpa mi patrona porque me pide dinero.... miento, tengo yo la culpa porque se lo debo... No... tampoco... la culpa es del dinero porque.... Ello es lo cierto que tengo mal humor, y que es necesario disiparle....» Van á dar las diez, hora del relevo de guardias... Pues señor, á la Plaza de Armas. Al pasar bajo el arco de la Armería conozco que se han disipado dos de las seis arrugas de mi entrecejo. Al oír el primer compás de la marcha real, ya se me ha olvidado que debo dinero á mi patrona... A las cuatro primeras notas de una ária de Attila que toca la banda de ingenieros, ya está mi frente mas tersa que un papel satinado, y el mal humor ha tomado el camino de Guadarrama... ¡Ya estoy bueno!

Cuando el director de LA ILUSTRACION, me dice de tal artículo sometido á su censura y que yo creia *una buena pieza*, primero: que no es tan

bueno como tal otro; despues que es poco interesante; luego que carece absolutamente de interés, y últimamente que es mediano, malo y detestable, y va de esta manera arrancando primero las hojas, despues las ramas y luego el tronco y las raíces del árbol de mis ilusiones... me pongo primero encarnado, despues descolorido, luego amarillo... no hay que preguntar si estoy de buen humor... Salgo de su casa con el corazon no solo en prensa sino ya desenuadernado, y hecho trizas... Pero á los cuatro pasos una murga obsequia á D. N. en la víspera de su cumpleaños con una dulcísima serenata. Interrumpo mi viaje y el hilo de mis amargas reflexiones para exclamar entusiasmado: ¡Qué lindo es el wals de Albaflor, no me canso de oírle! ¡Va! el Sr. Director de LA ILUSTRACION estaria de mal humor y se ha estrellado con mi pobre artículo. Yo creo que no es tan malo como todo eso. No toca mal el clarinete. ¡Si no le habrá leído, y para evitarse ese trabajo dice que es poco interesante!.. Esta canción del *Mocito del barrio* es lindísima. Pues señor, decididamente mi artículo es bueno, sobresaliente, mal que pese al Director que no ha sabido apreciar todo su mérito... El árbol de mis ilusiones ha retoñado.

No acabaría nunca si me propusiera aducir ejemplos y pruebas de la eficacia de la música para la curación de mis afecciones morales: solo sí diré que es tal la fé y la confianza que tengo en este medicamento, que no vacilo en usarle hasta en las dolencias físicas. Yo padezco á menudo fuertes *odontalgias* (que en castellano quiere decir dolor de muelas) y en vano he llamado á las puertas del arte de curar demandando un lenitivo á mis dolores: ni la *alopatía*, ni la *homeopatía*, ni la *hidropatía*, ni ningun sistema terminado en *patía* me ha producido alivio alguno. Un dia en que la intensidad de mis dolores habia llegado hasta el último grado, tuve la idea feliz de hacer uso de la música como los médicos de la mayor parte de sus drogas y mejunges, *por si pega*. Faltábame vencer una dificultad: en casa nadie entendia una jota de música, incluso el paciente; nadie poseia un mal instrumento, miento: mi patrona poseia un figle, (es decir era propietaria de un figle, muy deteriorado, herencia de su difunto marido que habia pertenecido á una banda de música de voluntarios realistas). La supliqué permitiera á uno de mis compañeros de hospedaje que tomara el instrumento (asi le llamaré puesto que el Código no impone castigo alguno á los corruptores del lenguaje) para tocar en él alguna cosa. Accedió de mala gana á mi petición, no sin exigir antes palabra formal de que no le echaríamos á perder. Se le limpió el polvo, etc. etc.

—Vamos, ya puedes empezar, dije á mi compañero incorporándome en la cama.—Pero hombre, por Cristo, ¿qué quieres que haga?—Tocar.—Buena es esa, si en mi vida las he visto mas gordas....—Eso no importa. Ea, siéntate aquí á la cacerera, y sopla en esa alquitara hasta que echés los bofes.—¡Por supuesto! ¡alquitara! exclamó mi patrona entrando en la alcoba, un instrumento que vale media onza... Podia V. haber dicho eso en vida de mi esposo que esté en gloria.—Bien señora, la interrumpí, no se trata de eso. Vamos, Andrés, toca, toca... No puedo sufrir los dolores.—En fin, si te empeñas probaremos... Y aplicó sus labios á la boquilla del instrumento, hizo una fuerte inspiración, cerró los ojos, sopló... y produjo una nota semejante al mugido de un toro, mas dura que el corazon de un avaro y tan áspera como la escalera del Congreso de los Diputados; que salió envuelta en una espesa columna de polvo, almacenado en el betusto figle hacia 40 años.

—¿Que tal? ¿lo hago bien?—Magnífico.... sigue, sigue, no pierdas tiempo. Ya estoy algo mejor... El dolor que era agudísimo se ha hecho un poco mas sordo...—Yo lo creo; ¿no ves que le he roto el tímpano á la primera nota?—Bien, pues continúa, y no descanses hasta que se te liquiden los pulmones. Y mi caritativo compañero volvió á poner en franquía el instrumento y en menos de media hora consiguió curar completamente mi dolor de muelas y poner en conmoción á la vecindad que llegó en cuerpo á la puerta de nuestra habitación amenazándonos con el comisario de policía si no cesábamos de tocar el cuerno.—¡Por supuesto! ¡el cuerno! exclamó mi patrona, y es un figle que vale media onza! etc. etc. Yo curé radicalmente de mis dolores, gracias al figle de mi patrona. El que quiera mas datos acerca de este nuevo método de curar las enfermedades, puede consultar la obra que me propongo publicar muy en breve titulada: *La musicopatía n.º 49º sistema de curación de las afecciones morbosas, por todos los tonos y en todas las llaves conocidas*, etc. etc.

Si consideramos la música con relación á su influencia en la moralización de las costumbres, ¡cuán vasto campo se nos ofrece para estendernos en reflexiones filosóficas! Tended una mirada hácia la historia del mundo. Comparad el estado de embrutecimiento y degradación de los pueblos que no conocian este arte encantador, con la sencillez y pureza de costumbres de otros entre quienes la música era una profesión honrosa y apreciada. Cuando Dios castigó los crímenes de los hombres con el diluvio, los moradores de la tierra apenas sabian tocar otros instrumentos que el cuerno y la zampoña, que no son en verdad los mas armoniosos. Los libros sagrados nos cuentan como Sodoma y Gomorra fueron aniquiladas por el fuego del cielo, en castigo de la depravación de aquellos habitantes: pero nadie me citará un pasaje de la Biblia en que se diga que habia un solo piano en aquellas dos ciudades. Y si los Egipcios salieron mejor librados en aquello de las plagas, debe notarse que Faraon tenia en su palacio un cocinero que tocaba el psalterio medianamente. Pero ¿á qué cansarnos? Casi todos los eminentes varones que han sobresalido por sus virtudes, eran músicos ó por lo menos aficionados á este arte. David tocaba el arpa con maestría suma, y si bien es verdad que hizo algunas calaveradas, tén-gase presente que era, ademas de músico, poeta. Los patriarcas, los profetas, los mártires, casi todos tocaban algun instrumento. De donde lógicamente se infiere que la música ejerce grande influjo en la moralización de las costumbres. Y si no ¿por qué somos nosotros mejores que nuestros antepasados? (sin agravarlos). Porque todos somos músicos y danzantes; porque Cubí nos ha dicho que hasta *organos* tenemos en la cabeza, cuando los antiguos no tenian ni un mal *violoncello*.

Me acuerdo de haber leído en el telon de boca de un teatro de esta corte (cesante por mas señas) una inscripción puesta en forma de verso que decia: «La música las fieras

domestica...» etc. Y esto es tan cierto que conozco un sujeto que ha prohibido formalmente á su suegra asistir á la ópera porque la buena señora se conmueve hasta el extremo de derramar lágrimas. Pero no es sola la suegra de mi amigo la que llora al oír una *cavatina*. Los que habeis asistido al teatro del Circo y oido cantar á Moriani

«Tu cne á Dio spiegasti l'ali,
O bell'alma innamoratta,
Ti rivolgi á me placcata....
Teco ascenda il tuo fedel...»

¿no habeis sentido humedecerse vuestros ojos de lágrimas? ¿No habeis visto llorar al militar que ha desafiado con frente serena á la muerte en cien batallas; al impasible magistrado; al usurero de semblante amarillo y corazon negro; al médico con 40 años de egercicio; al partidario de Demócrito; al apologista de Montaigne? en una palabra ¿no habeis visto al teatro convertido en cementerio, ó mas bien en una asamblea de llorones?

Y ya que he hablado del teatro lírico, no puedo resistir á la tentación (aun con riesgo de enfadar á mis lectores) de hacer una ligera y última digresion para referir sucintamente una escena de que fui actor en la primera noche de la representación de la partitura de Donizetti que he citado arriba. En la butaca de mi izquierda habia un jóven, cuyo elegante trage, finos modales, etc. etc. denotaban que pertenecía á lo que en este siglo eminentemente músico se ha dado en llamar gentes de *buen tono* (como si digéramos *gentes de si bemol* que es uno de los tonos mejores para mi gusto.) Hablaba con tal entusiasmo de los cantantes y sobre todo de Moriani; aplaudia tan frenéticamente cada pieza de un acto, cada parte de una pieza, cada compás de una parte, cada nota de un compás; disertando al propio tiempo sobre diversos puntos de armonía; que el hombre menos sagaz hubiera adivinado sin trabajo que el que tales cosas decia era un *profesor*, es decir, no un *profesor de profesion*, no un músico de oficio, sino un profesor de afición; en fin, un gran *dilettanti* (creo que se escribe con cuatro tt.) Moriani cantaba un aria, no recuerdo cual, pero no la que empieza «All primo albore» porque de esta nos quedamos á *obscuras*. Mi vecino á quien llamaré Fulano de Tal, para mayor claridad, en un momento de arrebató artístico, se volvió hácia mí para decirme: ¿no le parece á V. que es cosa lindísima? Y continuó mirando hácia el escenario á través de sus gemelos monstruos. Yo, correspondiendo á aquella muestra de confianza contesté: ¡Oh! si... es muy buena... me parece bastante bien; pero me gusta mas la del final...—¿Qué está V. diciendo? me interrumpió Fulano de Tal, manifestando gran sorpresa.

—Que para mi gusto es mejor la última, sin comparacion.—Pues permítame V, que le diga que tiene muy mal gusto.

—Podrá ser muy bien; sin embargo, me atrevo á asegurar que, malo como es, mi gusto cuenta mas partidarios que el de V.

—No diga V. disparates.—Yo respeto la opinion de V., mucho mas cuando manifiesta ser inteligente en la materia, pero apelo al dictámen de una persona imparcial... Creo que la última es mas sentimental....

—Concedo que así sea: eso nada significa para que le parezca á V. preferible á esta.

—Mas espresiva...—Tambien puede pasar: pero esa cualidad no destruye mi opinion. En cuanto á belleza, á lo que debe entenderse por belleza digo y repito que tiene esta mas que la otra.

—No sé lo que V. entenderá por belleza...—Hombre, por Cristo, es necesario no tener ojos en la cara para sostener...

—Basta con tener oidos.—Para sostener que es mejor la última.

—Y yo creo que es necesario carecer de oidos...—Basta con tener ojos...—Para insistir en que es mejor esta.

—¿Y qué falta hace el oido para conocer?..—La misma que los ojos para apreciar....—¿Pretende V. burlarse de mí? preguntó con altivo continente Fulano de Tal.

—¿V. intenta tomarme por juguete? repuse yo, frunciendo el ceño cuanto podia á manera de un tercer galan de la legua.

Al llegar á este punto fuimos interrumpidos por una salva de *chist*, que nos dirigian desde palcos, lunetas, galerías, é ignominia los espectadores impacientados ya con nuestras voces, que eran mejores, es decir, mas fuertes que las de los cantantes. Interrumpimos nuestro acalorado debate para continuarle en mejor ocasion. Entonces llegó á mis oidos un suspiro profundo hacia mi derecha. Volví la cabeza y en la butaca inmediata á la mia ví á una señora de algo madura edad que con el pañuelo aplicado á los ojos daba á entender que lloraba.—¡Qué desgracia la habrá sucedido! pensaba yo... Acaso alguna noticia infausta.

—Mamá, articulaba una jóven que ocupaba el otro sillón, todavia no...

—¿Qué dices hija mia? exclamó la anciana con voz débil, entrecortada por los sollozos.

—Que todavia no se llora... repuso la niña: eso es al acabarse... cuando *él* se mata.

—¡Ah!... Yo creí que era ahora... Como es tan patético eso que cantan... Y luego, como una no entiende de música...

No pude seguir escuchando este sabroso diálogo, porque sonó á la razon una nutrida salva de aplausos, y mi vecino Fulano de Tal aprovechando aquel paréntesis de ruido y confusión se volvió hácia mí.—V. comprende, me dijo, que he sido insultado por V. y que...

—Iba á decir á V. eso mismo: V. me ha faltado de una manera que exige...

—Mañana enviaré á V. mis padrinos.

—Convenido: pero debo advertir á V. que en este asunto me corresponde la iniciativa, porque he sido agraviado por V. en el hecho de decirme que bastaba tener ojos para juzgar de una cosa en que solo hacen falta los oidos...

—¡Otra vez!.. Pues qué necesita V. de los oidos para conocer que la primera de las coristas, esa rubia, es mucho mas linda que la última...

—Pero como no hablábamos de las coristas, sino del aria que se acaba de cantar y que yo sostengo que no es tan buena como la del final, me parece que el oido...

—Já, já, já... Si yo me referia á la corista, aquella rubia, de ojos azules...

—Si yo hablaba del aria y... já, já, já... Hemos tocado un duo de violon.

—V. disimule...

—V. dispense.

—Vaya... yo lo creo que el aria final es mucho mejor que esta...

—Y yo convengo en que la corista rubia es mucho mas linda que la morena.

Y tu dirás, lector, que el articulillo ya vá siendo largo; y yo diré que es mas larga tu indulgencia que mis artículos... y los dos diremos que lo que tú dices y lo que yo digo es... *música celestial*.

FERNANDO MARTIN REDONDO.

Higiene dentaria.

(Continuacion.)

Cualquiera que sean estos polvos, se deben frotar con ellos los dientes mas por afuera que por adentro, en donde son menos susceptibles de detener materias estrañas y de cubrirse de sarro. Hecho esto se enjuagará la boca muchas veces para quitar el barro que dejaron los polvos en los dientes; para esto basta el agua pura tibia; pero es mejor aromatizarla con algunas gotas de agua de Colonia, ó de algun elixir, en cuya composición no entren sustancias balsámicas.

El zumo de limon, el jugo de acedera ó el ácido muriático de que se sirven algunas personas, aun por consejo de muchos dentistas, deben proibirse severamente, ó emplearse con la mayor circunspeccion, porque estos ácidos no blanquean los dientes mas que la primera vez que se emplean, y usándolos continuamente los ponen amarillos, destruyendo insensiblemente su esmalte, y privándolos por consiguiente del brillo que les da el tejido compacto de esta cubierta exterior, que es la parte mas dura del diente.

Ademas del cuidado que se haya tenido en elegir un cepillo, cuya fuerza sea proporcionada á la sensibilidad de las encías, al espesor y dureza del esmalte, se debe guardar la precaucion de tenerlo siempre muy limpio, de manera que despues de lavado no tiña el agua clara. No es indiferente tampoco renovar el cepillo así que empieza á gastarse; porque si al principio tiene un grado de suavidad conveniente, se hace necesariamente mas duro á medida que las cerdas disminuyen de longitud.

Siempre que se acaba de comer es indispensable servirse de un mondadientes para quitar las partículas alimenticias que quedan entre los dientes, las cuales permaneciendo allí, favorecen la formación del sarro y predisponen á la caries. Los mejores mondadientes son los de pluma; no deben usarse jamás los de metal, ni menos todavia agujas, alfileres y otros cuerpos semejantes. La elección de las plumas de que se hacen los mondadientes, no es tampoco indiferente; las que se usan para escribir tienen demasiada resistencia, y así vale mas escogerlas de un tamaño mediano, y mas bien las que son un poco opacas, que las transparentes. En Italia, por ejemplo, y en algunos otros países, se usan comunmente mondadientes de una madera flexible y dura al mismo tiempo: tienen la ventaja que la punta no es tan acerada como en los de pluma y no hay tanto riesgo de lastimar las encías: en lugar de estos pueden tambien emplearse sin inconveniente las hojas de ballena ó de concha, afiladas y cortadas en punta.

En algunos países hay la costumbre de ofrecer á los convidados despues de la comida agua tibia para enjuagarse la boca; esta atención es muy laudable. La forma elegante de algunos vasos destinados á este uso, que se encontraron en las escavaciones del Herculano y de Pompeyo, prueba que los romanos daban una grande importancia á esta parte especial del aseo.

Yo me admiro que en Francia (1), en donde se lleva hasta el extremo todo lo que puede contribuir á la felicidad de la vida, no se haya adoptado desde hace mucho tiempo esta precaucion, cuya necesidad es incontestable. Un uso tan señalado por su utilidad, compensaria lo que tiene de penoso el ceremonial de un banquete, y haria olvidar ciertas prácticas que el lujo y la etiqueta han introducido fuera de propósito en el gran mundo.

Si los hombres creen poder dispensarse de este cuidado, las mujeres hacen muy mal en abstenerse de él, porque las partículas alimenticias que se conservan en los dientes ocultan el bruñido del esmalte y alteran la brillantez de la mas hermosa voz. Esta precaucion, que es necesaria á todas, es particularmente indispensable á las que se proponen cantar ó hacer los honores de la conversacion.

En fin, no es inútil tampoco hacer por sí mismo la inspeccion de la boca, á lo menos una vez á la semana. Entendiendo por esto, mirar al espejo todos los dientes uno á uno, pasar por todos el mondadientes y aun golpearlos suavemente con un cuerpo duro para ver si se experimenta alguna sensación desagradable que provenga de una caries naciente que no pueda percibirse á la vista. Para este caso es muy ventajoso el espejito de boca, cuya estremada movilidad permite registrar con la vista todas las partes de los dientes; la importancia de este mueble, es tal, que deberia ocupar un lugar distinguido en el tocador de todas las damas.

Tales son las precauciones diarias que exige el aseo y la conservación de los dientes; ellas son sencillas, como se vé, y de fácil ejecución; si en su uso se encuentra alguna sujeción, consiste en que en general no se conoce hasta muy tarde la importancia de sus ventajas, al paso que si se practicasen desde el principio se contraeria el hábito de estos actos, como de otros muchos que ejecutamos todos los dias sin saberlo.

Las jóvenes, sobre todo, son las que deben contraer des-

(1) Esta costumbre en España está bastante admitida, y en ello llevamos ventaja á los franceses.

de muy temprano esta costumbre, y si los consejos no bastan para convencerlas, hay un medio infalible para ello, que consiste en excitar su amor propio y hacerlas ver que la negligencia en el cuidado de los dientes puede alejar de ellas el momento por el que suspiran aun desde la mas tierna edad. Ya se echa de ver que quiero hablar del matrimonio. Asi pues, sin fomentar demasiado en ellas el deseo de agradar, cuyo exceso solo es reprehensible, se les debe advertir que, si damos un gran valor á las cualidades morales de las mujeres, los adornos exteriores son tambien un patrimonio precioso de su sexo, y es costumbre y objeto de los homenajes del nuestro.

Para demostrarles que estos adornos no pueden ser perfectos sin buena dentadura, siempre que una madre encuentre en la sociedad alguna muger, cuya boca lleve el sello de la negligencia, debe llamar la atencion de su hija añadiendo esta frase persuasiva: «He aquí una muger amable, pero seria al mismo tiempo amable y bonita si tuviese buena dentadura.» Dudo entonces que haya ninguna señorita que no procurase evitar esta observacion que es de todo tiempo y lugar, y que se oye muchas veces aun de la boca de aquellos que están privados de la ventaja de tener buenos dientes; tan desagradable es la primera impresion que produce en nosotros el aspecto del mal estado de esta parte tan notable de la fisonomía.

Por otro lado, ¿á qué buscar rodeos para proclamar una verdad que nadie contradice? Un sexo destinado á agradar no debe omitir nada de lo que pueda facilitarle este objeto. A los ojos mismos de una austera filosofia la negligencia es mas reprehensible que el exceso contrario. Por no separarme de este asunto, ¿cuántas señoritas no hubieran permanecido en esta condicion si la vista desagradable de su boca no hubiese alejado de ella los que sin esta circunstancia hubieran solicitado su mano? ¿Y cuántas mugeres experimentan frialdad y desvios en sus maridos por efecto de los estragos que hizo el descuido en su boca, y por el aliento desagradable que produce casi siempre la caries?

Si insistió aquí sobre la necesidad de habitar las jóvenes desde su tierna edad á mirar como indispensable el esmero en la limpieza de los dientes, no pretendo decir por eso que los jóvenes del otro sexo deban abstenerse de estos cuidados; muy al contrario; no puedo comprender cómo un padre puede confiar la educacion de su hijo á un extraño, sin recomendarle espresamente que le acostumbre á dedicar á la limpieza de la dentadura la misma atencion que pone en la de la cara ó de las manos.

Un esmero excesivo en su persona es ridículo en un hombre: pero olvidarse de sí mismo hasta el punto de desdeñar lo que la misma decencia reclama, seria una conducta todavia mas ridícula. Esto es lo que se debe inculcar siempre á los jóvenes, y cualquiera que sea su posicion social, aplaudirán las intenciones que dictaren estos consejos, y se felicitarán de haberlos seguido.

Si se dedican á la carrera del foro ó de las letras, expresarán sus pensamientos con tanta fuerza como claridad, y modulando á voluntad las inflexiones de su voz, penetrarán mas directamente en el corazon de su auditorio, y cautivarán su juicio. Si abrazan la de la medicina, no molestarán la susceptibilidad del enfermo con el aliento desagradable que exhala de la boca de tantas personas si frecuentan la sociedad; no presentarán el contraste chocante del atavio elegante de su persona, y una boca cuyos dientes se ven corroidos por la caries, negligencia inexcusable en un hombre que tiene todo el tiempo necesario para ocuparse de su persona.

De la influencia que tiene sobre los dientes el hábito de fumar y de las precauciones que son necesarias en estos casos (1.)

En el artículo precedente me ocupé solamente de los cuidados que exige la boca en las posiciones mas habituales de la vida; pero hay algunas de estas situaciones que poniendo estos órganos en un estado escepcional, exigen de nuestra parte una atencion particular, cual es por ejemplo, la accion de fumar.

Seria preciso confesar que el tabaco es de una utilidad incontestable, si no se considerase mas que la rapidez con que se ha extendido su uso, y el atractivo que tiene para las personas que lo han adoptado. Apenas conocido en Europa hace dos siglos, es hoy tan general su uso en todas las clases de la sociedad, que es un manantial abundante de riqueza para los gobiernos, siempre hábiles para especular sobre los nuevos goceos que se crean algunos hombres y sobre la necesidad en que se ven otros de someterse á su yugo por imitacion.

Muchos soberanos intentaron en vano con medidas rigurosas desterrar de sus estados la costumbre de fumar: las leyes mas severas no surtieron mas efecto que los enormes impuestos que otros gobiernos aplicaron á esta sustancia. El rigor de las leyes, las declamaciones de los filósofos, las sentencias de los moralistas, los consejos de los médicos, lejos de impedir su propagacion, no sirvieron probablemente, como todo lo que se opone á nuestros gustos, mas que para hacer su uso mas frecuente.

Los moralistas y los médicos que ven extendido el uso del tabaco á todos los climas, á todos los grados de la civilizacion y á todas las condiciones de la vida social, ¿no hubieran hecho mejor en lugar de declamar contra los inconvenientes de este hábito, buscar los medios mas convenientes para hacerlo menos nocivo? Una severa razon no hubiera reprobado esta tolerancia; porque no solamente las diarias observaciones desmienten victoriosamente las exageradas aserciones de los detractores del tabaco, sino que hubiese sido posible hallar en la naturaleza misma del hombre razones que militan en su favor, ó de probar que sus inconvenientes no dejan de tener compensacion.

En efecto, el hombre en virtud de su organizacion está continuamente atormentado de la necesidad de sentir, de experimentar sensaciones nuevas: como el tabaco ejerce en nuestros órganos una impresion viva susceptible de renovarse frecuentemente y á voluntad, no es de extrañar que nos hayamos abandonado á este hábito por el estímulo que produce, ha-

(1) Habiéndose extendido mas y mas el hábito de fumar en todas las clases de la sociedad, he creído conveniente para hacer lo mas completa posible esta publicacion, añadir aquí el resumen de las observaciones hechas sobre el particular.

biendo hallado en él la posibilidad de satisfacer la necesidad imperiosa de sentir que caracteriza la naturaleza humana, y la ventaja de distraerse por un instante de las penosas sensaciones que afligen continuamente nuestra especie.

No se crea, sin embargo, que tratando de probar que el tabaco tiene algunas ventajas que pueden compensar sus inconvenientes, me erijo en apologista de esta sustancia, y que intento aumentar el número de las personas que adoptan su uso. Yo no tengo otro objeto que explicar algunos de los motivos que contribuyeron á su propagacion en Europa y recordar á los hombres que emplean su pluma en beneficio de sus semejantes, que es muy difícil, por no decir imposible, separar del estado de civilizacion de que gozamos, algunos abusos que le son igualmente esenciales. El uso del tabaco es á mi parecer, uno de ellos; dejemos al tiempo el cuidado de proscribirle, y entre tanto que este juez supremo decide, tratemos si es posible de hacer este uso menos incompatible con la salud.

Prescindamos, pues, de las causas que han difundido y que conservan el uso del tabaco, ocupándonos de los efectos que produce, para lo cual examinaremos solamente los de la accion de fumar. Esta consiste, como todos sabemos, en hacer entrar en la boca por un movimiento de aspiracion ó de succion el humo que produce la combustion lenta del tabaco. Durante esta combustion que es una especie de destilacion se forma un aceite llamado epireumático muy corrosivo, el ácido piroleñoso que resulta infaliblemente de la combustion de todas las sustancias vegetales, y en fin, una cierta cantidad de amoniaco.

La mayor parte de las personas que han hablado de los efectos del tabaco sobre la economia, han atribuido sus propiedades irritantes al aceite epireumático que es tan acre y tan deletéreo, que basta ponerlo en contacto con la piel para producir en ella una especie de cauterizacion.

Estas personas se han engañado por el deseo de hallar un arma contra los partidarios del tabaco. Reflexionando un poco, habrian visto que este aceite deletéreo nunca llega á la boca del fumador; en la pipa, se queda entre las paredes del tubo, y en el cigarro lo absorbe el aire libre que circunda las partes en que se forma; lo que irrita la boca es el principio acre, volátil, incoloro que se ha hallado por los análisis de Vauquelin. (1.)

De todas maneras, el efecto que produce la introduccion del humo del tabaco en la boca de las personas que lo usan por primera vez, es una sensacion de acritud y una picazon muy viva en toda la superficie de la boca, de lo que resulta una excitacion en las glándulas que dan la saliva y una abundante secrecion de este líquido. Si la operacion se continúa algun tiempo, sobrevienen náuseas, un calor acre y picante en la garganta, un violento dolor de cabeza, quebrantamiento de todos los miembros; en fin, una verdadera embriaguez. Pero la costumbre disminuye insensiblemente hasta el punto de hacerlos no solamente nulos, sino tambien de trasformarlos en sensaciones agradables; tanto mérito tiene para nosotros algunas veces una dificultad vencida.

Sin embargo, hay ciertos efectos locales que no pueden neutralizar esta costumbre por continuada que sea, y que al contrario, cuanto mas se remontan sus actos, tanto mas sensibles son aquellos efectos, y el mas funesto es la alteracion lenta y progresiva del sistema dentario.

El humo del tabaco produce efectos perjudiciales á los dientes de dos maneras: 1.º, por su propiedad esencialmente irritante, y 2.º, por el cambio continuo de temperatura que ocasiona en la boca. Los dientes que se mantienen en una atmósfera caliente por el humo del tabaco, pasan despues de fumar á un medio frio, representado por el aire exterior, y es imposible que la irritacion procedente de la repeticion frecuente de esta causa no produzca sino inmediatamente la caries ó á lo menos una gran disposicion á ella.

Otro efecto inevitable del hábito de fumar, es la formacion de una considerable cantidad de sarro en todos los dientes. Los autores que han escrito sobre nuestro arte en particular, ó sobre las enfermedades de la boca en general han explicado de diferente manera como veremos en el párrafo siguiente, la formacion de esta sustancia calcárea, que no solamente altera la blancura y brillo de los dientes, sino que compromete su solidez, despegando la encia que los conserva unidos á los alveolos, y lo predispone á ser mas accesibles á las causas morbosas, ablandando su tejido.

La mayor parte de estos autores no ven en el sarro mas que una precipitacion química de las sales contenidas en la saliva: los otros, al contrario, creen que esta sustancia concreta, es efecto de una secrecion mórbida de la membrana mucosa que se extiende por toda la boca, y cubre por consiguiente las encias. Estas dos causas, como se vé, se hallan al mas alto punto en los fumadores; porque si por una parte la saliva se aumenta en gran cantidad, por otra parte tambien la membrana mucosa de la boca está en un estado constante de irritacion, estado que es precisamente el principio de toda secrecion extraordinaria; todo esto sin que sea preciso averiguar si la saliva de los fumadores es mas bien alcalina que ácida (2).

Esta influencia del humo del tabaco perjudicial á los dientes, como la prueba la diaria experiencia, parece á primera vista contraria á la virtud que se le atribuye de suspender los dolores de dientes los mas violentos, lo que causa un mal, dicen, no puede ocasionarlo. Pero cuando se reflexiona sobre la manera con que obra en este caso, es fácil explicar su virtud curativa, que consiste solamente, ó en diseminar en toda la cavidad de la boca la irritacion que existia en el diente ó en agotar su irritabilidad, elevándola repentinamente á

(1) Esto sábio, en efecto, ha hallado en el jugo de las ojas anchas de tabaco fresco; primero, una materia encarnada desconocida; segundo, el principio acre de que acabamos de hablar; tercero resina verde, ácido acético, sales de potasa, de amoniaco, de cal, de hierro y de sílice. El del comercio contiene necesariamente carbonato de amoniaco y muriato de cal, procedentes de las legias con que se prepara.

(2) Yo la he hallado mas veces alcalina que ácida. Del conocimiento de este hecho, algunos podrán deducir que yo exagero los inconvenientes del humo de tabaco respecto á la dentadura; no es este mi ánimo. Por la misma razon que yo me fundaba en hechos irrecusables debieron concluir, que pues que los dientes de los fumadores se alteraban por la influencia de una saliva alcalina, se alterarian mas todavia siendo ácida.

su mayor grado de intensidad. La alteracion, pues, que produce el humo del tabaco en los dientes, es un hecho demostrado por el raciocinio y confirmado por la experiencia. Entremos en algunos pormenores sobre esta materia.

Hemos dicho que la accion de fumar consiste en atraer á la boca por un movimiento de aspiracion el humo que produce la combustion lenta del tabaco. Para este efecto se han empleado diversos medios; ó bien el humo pasa por un tubo que sale de un receptáculo ú orquilla en donde se pone el tabaco, ó bien la combustion se hace al aire libre, y se aspira el humo directamente por una de las estremidades del cilindro que forman las hojas del tabaco enrolladas sobre sí mismas, ó por el hueco de una para introducirla en el interior del cilindro; otras veces tambien se estiende sobre un pedazo de papel una porcion de tabaco picado que se envuelve en él, y encendiéndole por una de las dos estremidades, el humo sale por la que se tiene en la boca.

En esta descripcion no hay nadie que no reconozca la pipa, el cigarro ordinario y el de papel. Examinemos las ventajas reciprocas, ó por hablar con mas propiedad, los inconvenientes de estas tres maneras de fumar.

1.º Son diferentes las sustancias de que se pueden hacer las pipas. Cuando se extendió en Francia el uso de fumar, se componian de tubos largos terminados por un brasero de plata; pero las clases poco acomodadas, para conformarse á la moda de una manera menos costosa, no tardaron en fabricar pipas de una materia mas barata que la plata, como los metales comunes y diferentes especies de tierra.

Considerando solamente la composicion de las pipas, diremos que serán tanto mejores, cuanto mas suave, ó pormejor decir, cuanto mas simple sea la materia de que están hechas. Porque asi que se calientan, absorben el aceite epireumático que se forma en el momento de la combustion, y que se deposita en el fondo del brasero. El humo, estando menos impregnado de esta sustancia, no ejerce sobre la boca una accion tan irritante, y por consiguiente altera menos los órganos contenidos en esta cavidad.

De estas consideraciones resulta necesariamente que las pipas de metal son las mas perjudiciales de todas. Porque no solamente carecen de la facultad de atenuar por la obsorcion el efecto irritante que proviene de la combustion del tabaco, sino que lo agravan todavia mas por la produccion de los óxidos de plata, de hierro ó de cobre, segun su composicion.

En todo lo que acabamos de decir sobre las ventajas de las pipas de barro, no hemos considerado mas que el hornillo ó brasero de este aparato fumigatorio; pero no sucede lo mismo con el tubo destinado á transmitir el humo á la boca, pues deberia componerse siempre de una sustancia muy suave; en el caso opuesto, es decir, si es de barro, de vidrio, de coral, de ágata ó de oro, no solamente gasta los dientes en que se apoya hasta el punto que no hay fumador de pipa, que no tenga marcado en la boca el sitio que ocupa habitualmente, sino que irrita el labio inferior por efecto del roce continuo; sobre todo, cuando las pipas son pesadas, lo que predispone esta parte á una induracion, de la que resulta muchas veces una ulceracion cancerosa. Las boquillas de boj, de hasta ó de marfil, aunque son mejores, no dejan de tener todavia algunos inconvenientes.

La naturaleza de la materia de que se compone el tubo de las pipas no es lo único que debe excitar la atencion de los fumadores que desean conservar la dentadura y al mismo tiempo el hábito de fumar. Deben tambien tener en consideracion la longitud del tubo. En efecto, cuanto mas largo sea este, mas tiempo tendrá el humo para despedir la materia irritante de que hemos hablado, que es tanto mas abundante cuanto mas inferior es la cantidad del tabaco. Los orientales, que pasan la mitad de su vida fumando, se sirven de tubos estremadamente largos, y aun tienen muchas veces la excelente precaucion de pasarlos por entre vasos llenos de agua. Sucede con esto que, en el momento en que el humo llega á la parte del tubo sumergida en el agua, se enfria y abandona el principio acre que pierde en parte cuando entra en la boca.

Estas últimas consideraciones bastan, á mi parecer, para calificar la costumbre que tienen algunos fumadores de servirse de pipas, cuyo tubo quebrado por casualidad ó de intento, es tan corto, que el brasero toca los labios, y muchas veces los quema, de manera que la ceniza entra en la boca con el humo. En los fumadores que usan estas pipas, es en quienes se encuentra mas ordinariamente el cáncer en el labio inferior: además de esto, estando el brasero muy inmediato á la cara, determina y mantiene en ella diferentes puntos de irritacion que degeneran fácilmente en herpes que resisten á los remedios mas metódicamente combinados.

En fin, la limpieza no es menos importante que la eleccion de la sustancia con que debe fabricarse el brasero, y la determinacion de la longitud del tubo. Con este motivo, no puedo menos de manifestar aquí cuál fué mi admiracion y asombro cuando entré por primera vez en los establecimientos en que se reunen los fumadores y ví á personas, aun de un rango distinguido, coger la primera pipa que encuentran impregnada de la saliva de cuatro ó cinco personas que acababan de servirse de ella, esponiéndose así á graves peligros.

2.º Resumiendo los inconvenientes de la pipa, ya se deja conocer que es el medio mas desfavorable de fumar. El mejor, el mas sencillo y el mas cómodo es el del cigarro, el cual se va propagando poco á poco, sobre todo entre las personas acomodadas. Que el cigarro tenga ó no tenga pajasiempre tiene la doble ventaja de que los dientes no padecen por el contacto del tubo de las pipas, y que el tabaco quemándose al aire libre pierde facilmente por la volatilizacion una parte de sus principios irritantes: por otra parte, los cigarros se fabrican con tabacos de la mejor calidad.

JOSÉ LEON.

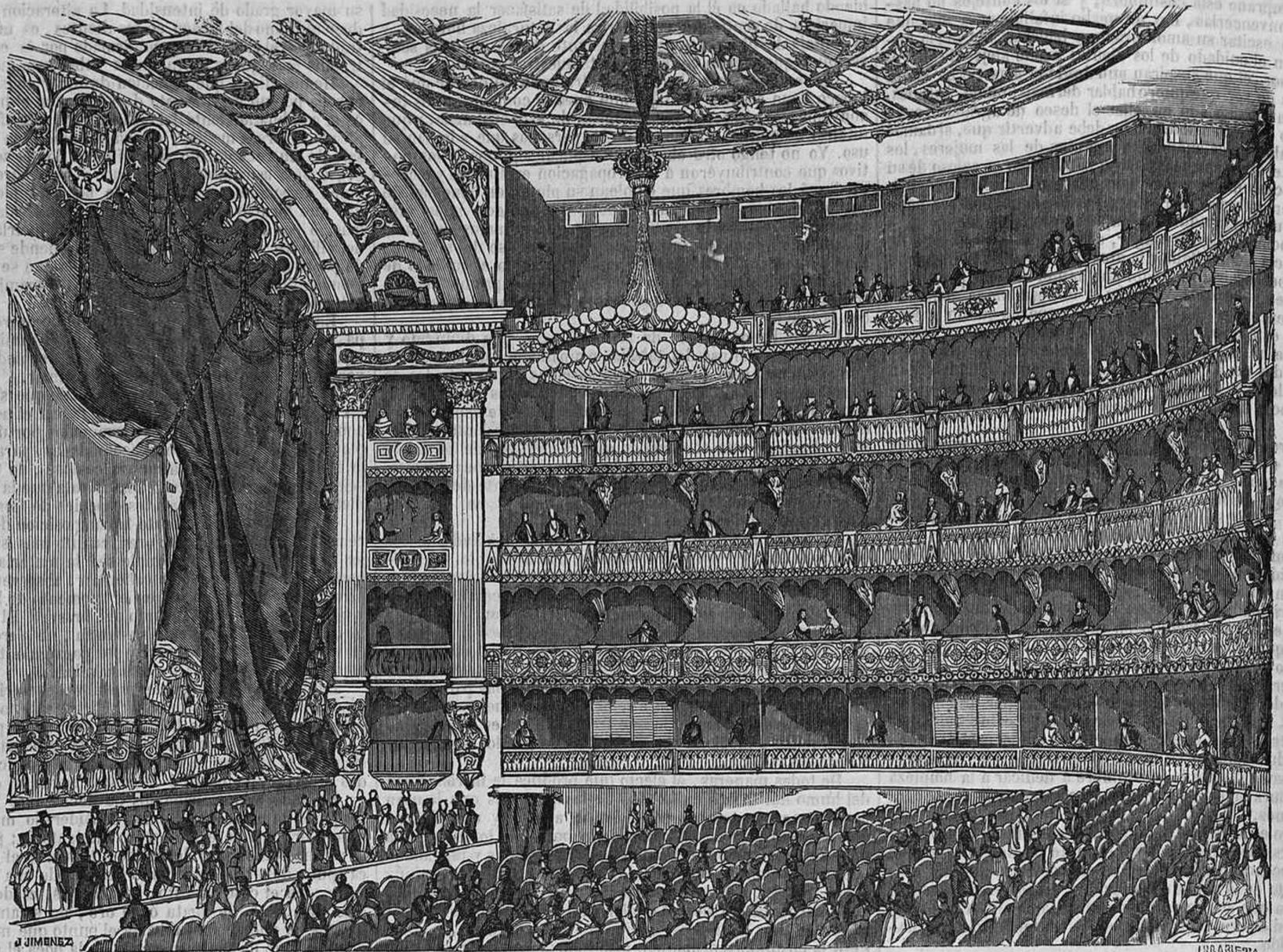
(Concluirá.)

DE DOS ENFERMOS, EL QUE SE MUERE NO ES EL QUE ESTÁ PEOR.

Una muger anciana encontró á una muchacha que no habia visto hacia mucho tiempo, y la dijo.

—«Hija mia, pobrecilla, ¿eres tú ó es tu hermana la que se ha muerto?»

—«Mi hermana fué la que se murió, pero yo fui la que estuve enferma de mas gravedad.»



Vista interior del Teatro Real.

El ajedrez.

No permitiéndonos los escasos límites de esta sección del periódico insertar el artículo que teníamos preparado, le reservamos para otro día, contentándonos por hoy con dar el final de los dos ejercicios prácticos empezados en el número 44.

Continuación de la partida principiada en el núm. 44.

Posición después de la 12.^a jugada del negro:

Blanco.			Negro.		
A 11...	B 24...	D 23...	A 81...	B 82...	C 83.
E 17...	F 34...	G 36...	D 84...	E 87...	G 54.
H 16...	a 21...		H 85...	a 71...	b 72.
b 22...	c 53...	f 26...	c 73...	f 76...	
g 27...	h 28...		g 77...	h 68...	

Jugada 13.		Jugada 14.		Jugada 15.		Jugada 16.		Jugada 17.		Jugada 18.		Jugada 19.		Jugada 20.		Jugada 21.		Jugada 22.	
a 31.	B 63.	H 15.	G 46.	F 52.	C 74.	F 63 - B.	C 63 - F.	A 14.	D 83 (1).	h 38 (2).	H 65.	G 48.	G 27 - g.	G 27 - G.	H 67.	B 45.	D 38 - h.	f 36.	D 36 - f.

- (1) Desde esta jugada pasa la iniciativa al negro, el cual va adquiriendo sucesivamente tal ventaja, que al fin le da la partida.
- (2) El blanco juega forzado y elige la jugada menos mala.



23.. A 24.....	A 85.
24.. A 26.....	D 47.
25.. D 43.....	A 55 - c.
26.. D 76 - f x.	E 78.
27.. D 36.....	C 45 - B.
28.. D 47 - D.	H 47 - D.
29.. H 25.....	A 57.
30.. E 28.....	H 27 - G x.
31.. A 27 - H.	A 27 - A x.
32.. H 27 - A.	C 27 - H.
33.. E 27 - C (1).	c 53.
34.. E 36.....	h 58.
35.. b 32.....	g 57.
36.. E 37.....	b 52.
37.. E 38.....	c 43.
38.. b 43 - c.	b 43 - b.
39.. E 37.....	c 33.
40.. E 36.....	c 23.
41.. E 45.....	c 13 (2).
42.. E 53.....	c D 43.
43.. E 56.....	c D 25.
44.. a 41.....	E 77.
45.. a 51.....	E 76.
46.. a 61.....	c D 63 x.
47.. E 37 - g.	c D 47 x.
48.. E 68.....	c D 67 x.

Solucion del problema.

(Los blancos dan mate saliendo.) (3)

1. ^a D 84 - A x.	D 83 .
2. ^a D 83 - D x.	E 71.
3. ^a B 74 x.	F 35.
4. ^a D 82 x.	

(Los negros matan saliendo.)

1. ^a B 37 x.	h 37 - B.
2. ^a D 38 x.	C 28 .

- (1) El negro queda con tres peones mas que su contrario, con uno de los cuales entra dama y dá mate.
- (2) Entra dama y la señalamos del modo que aparece e D.
- (3) Por un yerro de imprenta se dijo en seis jugadas en vez de cuatro. Advertimos á los que han calificado de fácil este mate, que nuestro objeto fué presentar el primer problema combinado de tal manera que resultasen dos mates, uno sencillo y otro complicado, porque hay que tener en cuenta que no habian de resolver el problema solamente buenos jugadores. Por lo demás, colóquese la torre A del negro en el escaque ó casilla 86, y resultarán dos mates difíciles, cuya posición que entró en nuestro primer pensamiento la desechamos por la razon indicada. Entonces la solución seria:

Blanco.		Negro.	
Jugada 1. ^a D 61 - a x.	b 61 - D.	2. ^a F 63 x.	C 63 - F.
3. ^a A 61 - a x.	E 82.	4. ^a H 12 x.	F 72 .
5. ^a H 72 - F x.	E 83.	6. ^a A 81 x.	

Las variantes que admite son insignificantes.

3. ^a D 28 - C x.	E 28 - D.
4. ^a h 37 - h x.	E 18.
5. ^a G 57 x.	E 17.
6. ^a F 35 x.	H 26 .
7. ^a F 26 - H x.	E 16.
8. ^a C 43 x.	B 34 .
9. ^a F 34 - B x.	

Primera variante.

4. ^a	E 38.
5. ^a G 66 x.	

Segunda variante.

4. ^a	E 17.
5. ^a F 35 x.	E 18.
6. ^a G 66 x.	

Tercera variante.

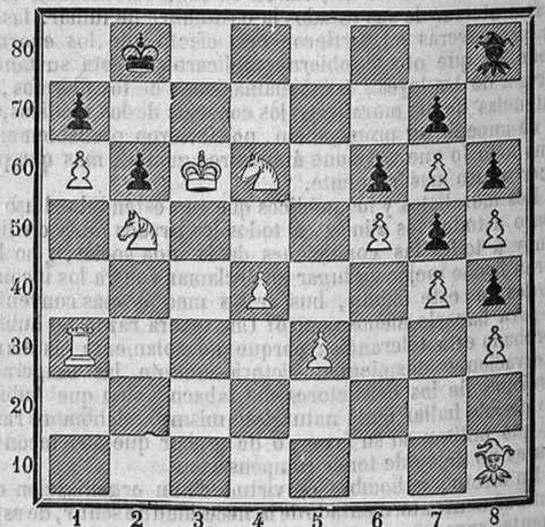
2. ^a	g 38 - D.
3. ^a e 35 x.	B 45 .
4. ^a C 45 - B x.	H 36 .
5. ^a C 36 - H x.	

P. A. CARDAÑO y F. M. REDONDO.

PROBLEMA

CON CONDICION POR M. KLING.

NEGRO.



BLANCO.

Los blancos dan mate en diez jugadas no moviendo mas pieza que el rey.

REDACTOR Y PROPIETARIO, DON ANGEL FERNANDEZ DE LOS RIOS.

Oficinas Estab. Tip. del SEMANARIO PINTORESCO y de LA ILUSTRACION, á cargo de Alhambra, Jacometrezo, 26.